

GARCÍA GUTIÉRREZ, ANTONIO (1813-1884)

EL TROVADOR

Drama en cinco jornadas en verso

INDICE:

JORNADA

JORNADA II

JORNADA III

JORNADA IV

JORNADA V

Primera parte

Segunda parte

Antecámara de la habitación de DOÑA LEONOR, en el palacio de la Aljafería. Puerta al fondo y ambos lados del Teatro.

PERSONAJES:

D. NUÑO DE ARTAL, CONDE DE LUNA.

D. MANRIQUE.

D. GUILLÉN DE SESÉ.

D. LOPE DE URREA.

D. LEONOR DE SESÉ.

D JIMENA.

AZUCENA.

GUZMÁN (Criado Del Conde De Luna).

JIMENO (Criado Del Conde De Luna).

FERRANDO (Criado Del Conde De Luna).

RUIZ, (Criado De Manrique).

Un soldado.

Soldados.

Sacerdotes.

Religiosas.

Aragón. Siglo XV

JORNADA PRIMERA

Escena I

JIMENO, GUZMÁN, ORTIZ. (Están sentados alrededor de una mesa y bebiendo.)

JIMENO

Ninguno mejor que yo
puede contar esa historia.
Desde los tiempos del viejo
don Lope, que de Dios goza,
estoy sirviendo en la casa
¡ya veis si hay fecha!

ORTIZ

Y no poca.

GUZMÁN

Han corrido sobre el caso
noticias contradictorias.

ORTIZ

Es lo que sucede.

GUZMÁN

¡Y luego
se abultan mucho las cosas!

JIMENO

¡Ahora bien! Sucedió el lance,
aunque la fecha no importa,
en mil trescientos noventa,
si no es infiel mi memoria.
El señor conde vivía
comúnmente en Zaragoza,
viudo entonces, con dos hijos
de su malograda esposa.
Don Nuño, el menor de entrambos,
y don Juan que está en la gloria,
y ya contaba dos años
con diferencia muy corta.
Una noche penetró
hasta la cámara propia
del mayor, una gitana
harapienta y quintañona.

GUZMÁN

Era bruja sin remedio.

JIMENO

Bien lo dijeron las obras.
Se sentó a su lado. Estuvo
mirándole, silenciosa,
largo rato, y la encontraron
extasiada en esta forma.
Nada malició don Lope:
la vieja pasó por loca,
y cuando echarla quisimos,
ella, ¡nada! se hizo sorda.

ORTIZA

palos...

JIMENO

Ese fue el medio;
mas desde aquel punto y hora,
enfermó el niño. Le había
hechizado la bribona.

GUZMÁN

¡Cáspita! ¿pues?

JIMENO

Le atacaron
convulsiones y congojas
tan grandes, que se nos iba
de entre las manos por horas.

ORTIZ

¡Diantre!

JIMENO

Y nos contaba el aya
que en legiones numerosas
se desataban las brujas
por las noches en su alcoba,
y con algazara horrible,
sacudiéndole furiosas
contra la pared, jugaban
con el niño a la pelota.

ORTIZ

¡Jesús! ¡Yo me hubiera muerto!

JIMENO

¡Era pesada la broma!

GUZMÁN

¿Y don Lope?

JIMENO

Hizo quemar
a la vieja encantadora.

GUZMÁN

¡Cuánto me alegro! Y el chico
¿sanó?

JIMENO

Sí; ¿pero qué importa?
No quisieron entenderme,
que si mi opinión se adopta,
no me queda una gitana
diez leguas a la redonda.
Y a Azucena, sobre todo.

GUZMÁN

¿Su hija?

JIMENO

Sí; y era la moza
pintiparada a su madre,
como una gota a otra gota.

ORTIZ

Y en fin, dime con quién andas...

JIMENO

Pues en estas y en las otras,
el niño que estaba ya
redondo como una bola,
desapareció.

GUZMÁN

¡Qué diantre!

JIMENO

Nuestra diligencia toda
fue inútil: sólo encontramos
un tizón de humana forma
en el sitio donde habían
ajusticiado a la loca.

ORTIZ
¡Le mataron!

JIMENO
Y en la hoguera.

ORTIZ
Y no la buscasteis...

JIMENO
¡Toma!
Pero en vano; y sin embargo,
como la viese yo ahora...

GUZMÁN
¿La conoceríais?

JIMENO
Sin duda.

GUZMÁN
¡La venganza fue diabólica!
Mas yo apuesto a que la vieja
está pagando la costa
en el infierno.

JIMENO
¡Quién sabe!

GUZMÁN
¿Pues qué?...

JIMENO
Mi opinión es otra.
¡Han sucedido después
ocurrencias misteriosas!...

ORTIZ
¡Contádmelo a mí!

JIMENO

¿Pues cómo?
¿La habéis visto?

ORTIZ

Sí.

JIMENO

¿En persona?

ORTIZ

Si no en la suya, a lo menos,
bajo mil distintas formas.
Noches atrás, convertida
en lechuza, entró a deshora
en mi aposento, mirándome
de una manera espantosa.
Me apagó la luz, y yo
me arrebujé con mis ropas
¡por no ver aquellos ojos
que brillaban en la sombra!
Púseme a rezar, y... ¡nada!
hasta que al fin pavorosa
levantó el vuelo, azotando
las paredes de la alcoba.
Al sentir que me tocaba,
di un grito, y ella furiosa
lanzó un horrible graznido,
y se escapó... y hasta ahora.

GUZMÁN

Bravas cosas me contáis;
pero en cambio sabréis otras
que son más frescas, si no
tan raras y tan curiosas.

ORTIZ

¿Sí?

GUZMÁN

Pero cuenta que nadie
trasluzca que de mi boca
ha salido...

JIMENO

¿Pues?

GUZMÁN
Si el conde
llega a saberlo, me ahorca.

JIMENO
¿El conde?

GUZMÁN
¡Todo ello es nada!
¡nada! Travesuras propias
de la juventud, que es siempre
tan ardiente como loca.
Ya sabes que está perdido (A ORTIZ.)
de amores por tu señora.

ORTIZ
¿No ha de estarlo?

JIMENO
Es muy discreta,
y tan noble como hermosa.

GUZMÁN
Pero no lo sabéis todo.
¿Podréis creer que ella adora
a ese Trovador, que antaño
pasaba las noches todas
desvelando nuestro sueño
con su laúd y sus trovas?

ORTIZ
Y que aún viene.

JIMENO
Pues ¿no dicen
que la pretensión apoya
de ese conde que disputa
a nuestro rey la corona?

GUZMÁN
Pues sin embargo...

ORTIZ
¡Atreverse
un hombre de tal estofa

a pretender a una dama
de estirpe tan generosa!

JIMENO

No negaréis, sin embargo,
que es muy galán, y que goza
fama de valiente.

ORTIZ

¿Y eso?...

JIMENO

Para las mujeres, sobra.

GUZMÁN

¿Pero quién es?... ¡No se sabe!
¿Cuál es su cuna? Se ignora.
Es lo que el conde decía:
¿dónde está su ejecutoria?
Tal vez será algún hidalgo
pobretón, y aun se me antoja...

JIMENO

Al cuento.

GUZMÁN

Ya sabéis bien
la confianza que me otorga
el conde. Anoche, en su cámara,
estando con él a solas,
me dijo: «¡Escucha Guzmán!
Esa lealtad que te abona
me obliga a que te confíe
mis penas y mis zozobras.
Esta noche me acompaña
a una empresa peligrosa;
que hoy se cumple mi ventura,
o mis desdichas se colman.
Sígueme», añadió, y salimos
aprovechando las sombras,
y esperando sorprender
en su nido a la paloma.

JIMENO

¡Cómo! En palacio...

GUZMÁN

(A ORTIZ.) ¡Cuidado!
que doña Leonor conozca...

ORTIZ Ya sabes que puede el conde
contar conmigo.

GUZMÁN

En buena hora.
¡Pues al llegar al vedado
umbral, figuraos su cólera!
Del laúd del Trovador
oyó las pausadas notas.

JIMENO

¡Del Trovador! ¡Pues estaba
en el palacio a esas horas!

GUZMÁN

Y en el jardín de su alteza.

JIMENO

Locuras de gente moza.

GUZMÁN

Allí estará, exclama el conde
con voz conmovida y ronca,
y a la escalera se lanza.
¡La noche era tenebrosa!
El cantor que, por lo visto,
a mi señor equivoca
con algún pobre escudero,
el campo nos abandona.
Doña Leonor llega entonces,
y a la parte más remota
del jardín lleva a don Nuño
enamorada y gozosa.
Pero bien pronto, al oír
las atrevidas lisonjas
del conde, su error comprende,
y le rechaza y se enoja.
En esto un hombre se llega
con faz encendida y torva,
y ambos en silencio cruzan
de sus espadas las hojas.

JIMENO
Y ¿qué?

GUZMÁN
Desarmado el conde,
perdió en una dos victorias.
Cuando llegué, todo había
volado como en tramoya.

JIMENO
No os parece una locura
que así mi señor se esponga...

ORTIZ
En efecto.

JIMENO
¡Y si la reina
llega a saber estas cosas!...
ORTIZ (Mirando adentro.)
¡Silencio! Pienso que está
levantada mi señora.

GUZMÁN
¡Temprano para quien vela!

JIMENO
Nadie dirá que trasnocha.

GUZMÁN
¿No es aquél su hermano?

ORTIZ
Él es,
¡siempre con la cara fosca!

JIMENO
Hay tempestad.

ORTIZ
Vámonos
antes que la nube rompa.

(Vanse por el fondo; un momento después, salen por la izquierda DON GUILLÉN, LEONOR y JIMENA.)

Escena II

DON GUILLÉN, LEONOR, JIMENA.

GUILLÉN

Mil quejas tengo que daros
si oírme, hermana, queréis.

LEONOR

Hablar, don Guillén, podéis,
que pronta estoy a escucharos.
Si a hablar del conde venís
que será en vano os advierto,
y me enojaré por cierto
si en tal tema persistís.

GUILLÉN

Poco estimáis, Leonor,
el brillo de vuestra cuna
menospreciando al de Luna
por un simple Trovador.
¿Qué visteis, hermana, en él
para así tratarle impía?
¿No supera en bizarría
al más apuesto doncel?
A caballo en el torneo
¿no admirasteis su pujanza?
A los botes de su lanza...

LEONOR

Que cayó de un bote creo.

GUILLÉN

En fin mi palabra di
de que suya habéis de ser,
y cumplirla he menester.

LEONOR

¿Y vos disponéis de mí?

GUILLÉN

O soy o no vuestro hermano.

LEONOR

Nunca lo fuerais por Dios,
que me dio mi madre en vos
en vez de amigo un tirano.

GUILLÉN
En fin, ya os dije mi intento:
ved cómo se ha de cumplir.

LEONOR
No lo esperéis.

GUILLÉN
O vivir
encerrada en un convento.

LEONOR
Lo del convento más bien.

GUILLÉN
¿Eso tu audacia responde?

LEONOR
Que nunca seré del conde...
nunca; ¿lo oís, don Guillén?

GUILLÉN
Yo haré que mi voluntad
se cumpla aunque os pese a vos.

LEONOR
Idos, hermano, con Dios.

GUILLÉN
¡Leonor!... a Dios os quedad.

Escena III

LEONOR, JIMENA.

LEONOR
¿Lo oíste? ¡Negra fortuna!
Ya ni esperanza ninguna,
ningún consuelo me resta.

JIMENA

Mas ¿por qué por el de Luna
tanto empeño manifiesta?

LEONOR

Esa soberbia ambición
que le ciega y le devora
es ¡triste! mi perdición.
¡Y quiere que al que me adora
arroje del corazón!
Yo al conde no puedo amar,
le detesto con el alma;
él vino ¡ay Dios! a turbar
de mi corazón la calma
y mi dicha a emponzoñar.
¿Por qué perseguirme así?

JIMENA

Desde anoche le aborrezco
más y más.

LEONOR

Yo que creí
que era Manrique... ¡Ay de mí!
Todavía me estremezco.
Por él me aborrece ya.

JIMENA

¿Don Manrique?

LEONOR

Sí, Jimena.

JIMENA

¿De vuestro amor dudará?

LEONOR

Celoso del conde está,
y sin culpa me condena. (Llora.)

JIMENA

¿Siempre llorando mi amiga?
No cesas...

LEONOR

Llorando, sí;

yo para llorar nací;
mi negra estrella enemiga,
mi suerte lo quiere así.
Despreciada, aborrecida
del que amante idolatré,
¿qué es ya para mí la vida?
Y él creyó que envilecida
vendiera a otro amor mi fe.
No, jamás... la pompa, el oro,
guárdelos el conde allá;
ven, Trovador, y mi lloro
te dirá cómo te adoro,
y mi angustia te dirá.
Mírame aquí prosternada;
ven a calmar la inquietud...
de esta mujer desdichada:
tuyo es mi amor, mi virtud...
¿Me quieres más humillada?

JIMENA
¿Qué haces, Leonor?

LEONOR
Yo no sé...
alguien viene.

JIMENA
¡Él es, por Dios!
¿Y dudabas de su fe?

LEONOR
¡Jimena!

JIMENA
Te estorbaré
solos os dejo a los dos.

Escena IV

LEONOR. MANRIQUE, rebozado.

LEONOR
¡Manrique! ¿eres tú?

MANRIQUE

Yo, sí...
No tembléis.

LEONOR

No tiemblo yo:
mas si alguno entrar te vio...

MANRIQUE

Nadie.

LEONOR

¿Qué buscas aquí?
¿Qué buscas?... ¡ah! Por piedad...

MANRIQUE

¿Os pesa de mi venida?

LEONOR

No, Manrique, por mi vida;
¿me buscas a mí, es verdad?
Sí, sí... yo apenas pudiera
tanta ventura creer;
¿lo ves? Lloro de placer.

MANRIQUE

¿Quién, perjura, te creyera?

LEONOR

¿Perjura?

MANRIQUE

Mil veces, sí...
Mas no pienses que insensato
a obligar a un pecho ingrato,
a implorar vine aquí.
No vengo lleno de amor
cual un tiempo...

LEONOR

¡Desdichada!

MANRIQUE

¿Tembláis?

LEONOR

No, no tengo nada...
pero temo tu rigor.
¿Quién dijo, Manrique, quién,
que yo olvidarte pudiera
infidel, y tu amor vendiera,
tu amor, que es solo mi bien?
¿Mis lágrimas no bastaron
a arrancar de tu razón
esa funesta ilusión?

MANRIQUE

Harto tiempo me engañaron.
Demasiado te creí
mientras tierna me halagabas
y, pérfida, me engañabas.
¡Qué necio, qué necio fui!
Pero no, no impunemente
gozarás de tu traición:
yo partiré el corazón
de ese rival insolente.
¡Tus lágrimas! ¿Yo creer
pudiera, Leonor, en ellas
cuando con tiernas querellas
a otro halagabas ayer?
¿No te vi yo mismo, di?

LEONOR

Sí; pero juzgué engañada
que eras tú; con voz pausada
cantar una trova oí.
Era tu voz, tu laúd,
era el canto seductor
de un amante Trovador
lleno de tierna inquietud.
Turbada perdí mi calma,
se estremeció el corazón,
y una celeste ilusión
me abrasó de amor el alma.
Me pareció que te vía
en la oscuridad profunda
que a la luna moribunda,
tu penacho descubría.
Me figuré verte allí
con melancólica frente
suspirando tristemente
tal vez, Manrique, por mí.

No me engañaba... un temblor
me sobrecogió un instante...
Era sin duda mi amante,
era ¡ay Dios! mi Trovador.

MANRIQUE

Si fuera verdad, mi vida
y mil vidas que tuviera,
ángel hermoso, te diera.

LEONOR

¿No te soy aborrecida?

MANRIQUE

¿Tú, Leonor? Pues ¿por quién
así en Zaragoza entrara?
¿Por quién la muerte arrostrara
sino por ti, por mi bien?
¡Aborrecerte! ¿Quién pudo
aborrecerte, Leonor?

LEONOR

¿No dudas ya de mi amor,
Manrique?

MANRIQUE

No; ya no dudo.
Ni así pudiera vivir:
¿me amas, es verdad? Yo creo,
porque creerte deseo
para amarte y existir.
Porque me fuera la muerte
más grata que tu desdén.

LEONOR

¡Trovador!

MANRIQUE

No más: ya es bien
que parta.

LEONOR

¿No vuelvo a verte?

MANRIQUE

Hoy no, muy tarde será.

LEONOR
¿Tan pronto te marchas?

MANRIQUE
Hoy:
ya se sabe que aquí estoy;
buscándome están quizá.

LEONOR
Sí, vete.

MANRIQUE
Muy pronto fiel
me verás, Leonor, mi gloria,
cuando el cielo dé victoria
a las armas del de Urgel.
Retírate... viene alguno.

LEONOR
¡Es el conde!

MANRIQUE
Vete.

LEONOR
¡Cielos!
MANRIQUE Mal os curasteis mis celos...
¿Qué busca aquí este importuno?

Escena V

MANRIQUE, DON NUÑO.

NUÑO
¿Qué hombre es éste?

MANRIQUE
Guárdeos Dios
muchos años, el de Luna.

NUÑO
(¡Pesia mi negra fortuna!)

MANRIQUE

Caballero, hablo con vos;
si porque encubierto estoy...

NUÑO

Si decirme algo tenéis,
descubrid...

MANRIQUE

¿Me conocéis? (Descubriéndose.)

NUÑO

¡Vos, Manrique!

MANRIQUE

El mismo soy.

NUÑO

Cuando a la ley sois infiel
y cuando proscrito estáis,
¿así en palacio os entráis,
partidario del de Urgel?

MANRIQUE

¿Debo temer por ventura,
conde, de vos?

NUÑO

Un traidor...

MANRIQUE

Nunca; vuestro mismo honor
de vos mismo me asegura.
Siempre fuisteis caballero.

NUÑO

¿Qué buscáis, Manrique, aquí?

MANRIQUE

A vos, señor conde.

NUÑO

¿A mí?
Para qué saber espero.

MANRIQUE

¿No lo adivináis?

NUÑO

Tal vez...

MANRIQUE

Siempre enemigos los dos
hemos sido.

NUÑO

Sí, por Dios.

MANRIQUE

Pensáislo con madurez.

NUÑO Pienso que atrevido y necio
anduvisteis en retar
a quien débeos contestar
tan sólo con el desprecio.
¿Qué hay de común en los dos?
Habláis al conde de Luna,
hidalgo de pobre cuna.

MANRIQUE

Y bueno tal como vos.

En fin, ¿no admitís el duelo?

NUÑO ¿Y lo pudisteis pensar?

¿Yo hasta vos he de bajar?

MANRIQUE

No me insultéis, vive el cielo,
que si la espada desnudo
la vil lengua os cortaré.

NUÑO

¿A mí, villano? No sé (Sacando la espada.)
cómo en castigarte dudo.
Mas tú lo quieres.

MANRIQUE

Salgamos.

NUÑO Sacad el infame acero.

MANRIQUE

Don Nuño, fuera os espero;
cuidad que en palacio estamos.

NUÑO

Cobarde, no escucho nada.

MANRIQUE

Ved, conde, que os engañáis...

Vos... ¿Vos cobarde llamáis
al que es dueño de esta espada?

NUÑO La mía... Y lo sufro, no...

MANRIQUE

A recobrarla venid.

NUÑO No, que no sois, advertid,
caballero como yo.

MANRIQUE

Tal vez os equivocáis.

Y habladme con más espacio
mientras estamos en palacio.

Os aguardo.

NUÑO

¿Dónde vais?

MANRIQUE

Al campo, Don Nuño, voy

donde probaros espero
que si vos sois caballero...
caballero también soy.

NUÑO

¿Os atrevéis?...

MANRIQUE

Sí, venid.

NUÑO

Trovador, no me insultéis
si en algo el vivir tenéis.

MANRIQUE

Don Nuño, pronto, salid.

En el fondo del teatro se verá la reja del locutorio de un convento: tres puertas, una al lado de la reja que comunica con el interior del claustro, otra a la derecha, que cae a la iglesia y otra a la izquierda que figura ser la entrada de la calle. Al levantarse el telón se verá a DON GUILLÉN a la puerta de la derecha, mirando hacia la iglesia.

Escena I

DON GUILLÉN. Luego, DON NUÑO.

GUILLÉN

Comprendo, sí, nada alcanza
su loco amor a extinguir,
¡y aquí viene a despedir
su ya inútil esperanza!
La herida que al pecho tiene
abierta, en ahondar se empeña.
¿Habrá entendido mi seña?
Tan ciego está... Pero él viene.
NUÑO (Sale de la iglesia.)
¿Me llamabais, don Guillén?

GUILLÉN

¡Señor!...

NUÑO

¡Conmovido os veo!

GUILLÉN

Os he buscado en la Seo
y en el palacio también.
NUÑO Hoy quebranté mi costumbre.
¡Pero tenéis la color
perdida!

GUILLÉN

Os traigo, señor,
nuevas de gran pesadumbre.

NUÑO

¡Su alteza!...

GUILLÉN

¡Guárdele el cielo!
De salud completa goza.

NUÑO
Pues ¿qué pasa?

GUILLÉN
En Zaragoza
todos lloran sin consuelo.

NUÑO
¡Cómo!

GUILLÉN
La traición impía
que en yermo a Aragón convierte,
dio al arzobispo la muerte.

NUÑO
¡Qué decís! ¿a don García?

GUILLÉN
Ahora se acaba de hallar
su cadáver junto al muro,
que de la noche en lo oscuro
le debieron de matar.
Murió como bueno y fiel.

NUÑO
Siempre lo fue don García.

GUILLÉN
Porque osado combatía
la pretensión del de Urgel.

NUÑO
¡Infame y cobarde acción
que he de vengar por quien soy!

GUILLÉN
¡Sí, sí!

NUÑO
Sabed que desde hoy
soy justicia de Aragón,
y si mi poder alcanza
a los traidores, os juro
por mi honor, como el sol puro,

que han de sentir mi venganza.

GUILLÉN

¿Quién hay que seguro esté
de algún traidor homicida?

NUÑO

Dígalo yo.

GUILLÉN

Vuestra herida...

NUÑO Grave y peligrosa fue,
y mucho debo a mi suerte.

GUILLÉN

Cierto.

NUÑO

Por milagro existo,
que, ¡por Dios!, muy cerca he visto
el semblante de la muerte.

GUILLÉN

La suerte, al fin, del traidor
os dio la venganza presto.

NUÑO Sí, mas ya que hablamos de esto;

¿qué me decís de Leonor?

¿Conmigo siempre irritada
está? ¿Por qué su hermosura
marchita en esa clausura
de la corte retirada?

GUILLÉN

Señor...

NUÑO

Desde que dejó
el servicio de su alteza,
de contemplar su belleza
dura también me privó.

GUILLÉN

Ya no os lo puedo encubrir...

NUÑO

Mas ¿por qué a la pasión mía

se muestra Leonor impía?

GUILLÉN

¡Conde! ¿Qué os puedo decir?

En vano fue amenazar,
y nada alcanzó mi ruego:
esposa de Dios va luego
a postrarse ante su altar.

Los lazos de su amor, rotos
mira, y al mundo renuncia,
y en fin, hoy mismo pronuncia
en ese templo sus votos.

NUÑO

¡Conque era cierto! ¡Insensible,
a mi cariño prefiere
un claustro! ¡Nada hay que espere!
Mi ventura es ya imposible.

GUILLÉN

Bien lo veis.

NUÑO

En mi aflicción,
largo tiempo esperé en vano
ablandar aquel tirano
indomable corazón.

Ha despreciado mi fe
y mi amor, y el sufrimiento
con que llevé mi tormento
y sus rigores lloré.

Y hoy poniendo entre los dos
de la religión el muro,
contra mi amor, el seguro
amparo busca de Dios.

GUILLÉN

¡Tal flaqueza apenas creo!
De ese amor débil vasallo...

NUÑO

Siempre.

GUILLÉN

¡Por eso aquí os hallo
cuando os buscaba en la Seo!

NUÑO
ngrata...

GUILLÉN
Cuando el rumor
llegó, don Nuño, a su oído,
de que había sucumbido
en Velilla el Trovador,
desesperada, llorosa...

NUÑO
¿No habrá un medio, don Guillén?...

GUILLÉN
Ninguno; ni ya está bien...

NUÑO
¿Decís que aún no es religiosa?

GUILLÉN
Pero lo será muy luego.

NUÑO
Iré yo a verla; ¡yo iré!
Si es fuerza, la rogaré.

GUILLÉN
Despreciará vuestro ruego.

NUÑO
¿Tan en extremo enojada
está?

GUILLÉN
¿No sabéis, señor,
que no hay tirano mayor
que la mujer si es rogada?

NUÑO
Pues bien: la arrebataré
a los pies del mismo altar.
Si ella no me quiere amar...
yo a amarme la obligaré.

GUILLÉN

¡Conde!

NUÑO

¡Sí, sí! ¡Loco estoy!
No os enojéis, no he querido
ofender...

GUILLÉN

Noble he nacido,
y noble, don Nuño, soy.

NUÑO

¡Basta! Ya sé, don Guillén,
que es ilustre vuestra cuna.

GUILLÉN

Y jamás mancha ninguna
la oscurecerá.

NUÑO

Está bien; (Con impaciencia.)
dejadme.

GUILLÉN

¿Quién más que yo
este enlace estimaría?
Mas si amengua mi hidalguía,
no quiero tal dicha, no.

NUÑO

Decís bien. (Enojado.)

GUILLÉN

Si os ofendí...

NUÑO

No, dejadme; fuera están (Reprimiéndose.)
mis criados; a Guzmán
que entre, diréis.

GUILLÉN

Lo haré así.

(Vase por la izquierda.)

Escena II

DON NUÑO. Luego, GUZMÁN.

NUÑO

Gracias a Dios se fue ya,
que, por cierto, me aburría.
¡Qué vano con su hidalguía
el buen caballero está!
Si no me quiere servir,
será diligencia vana:
o ha de ser mía su hermana
o por ella he de morir.

GUZMÁN (Sale por la izquierda.)

¿Me llamabais?

NUÑO

Ven aquí:
acércate.

GUZMÁN

¿Qué tenéis
que mandarme?

NUÑO

Habla más bajo.
Di, ¿te atreverás a hacer
lo que te diga?

GUZMÁN

Estoy pronto.

NUÑO

¿A todo? Piénsalo bien.

GUZMÁN

Aunque me cueste la vida,
podéis de mí disponer.

NUÑO

Lo sé, Guzmán: siempre has sido
de mis gentes el más fiel.

GUZMÁN

Y lo seré mientras viva:
vuestro capricho es mi ley.

NUÑO

Ya conoces a la ingrata
doña Leonor de Sesé,
y sabes cuánto he sufrido
por su rigor y esquivéz.

GUZMÁN

¡Demasiado!

NUÑO

Y para siempre
voy mi esperanza a perder
si no me ayuda tu arrojo.
Para eso el llamarte fue.
Yo debí olvidarla; pero
mi corazón, y tal vez
mi orgullo, me impulsan hoy
a humillarla: esto ha de ser.
Cuando Manrique murió
en Velilla, imaginé
que resignada a su suerte,
o instable como mujer,
consintiera en aceptar
mi nombre y mi amor con él.
¡Inútilmente! La ingrata,
en su invencible desdén,
prefiere a mi amor, de un claustro
la espantosa lobreguez.

GUZMÁN

Y ¿dónde?...

NUÑO

Hoy mismo aquí debe
profesar.

GUZMÁN

¡Hoy mismo! y ¿qué?...

NUÑO

Estorbarlo es necesario. (Con intención.)

GUZMÁN

Daros gusto es mi deber.
NUÑO Nada te sucederá:
yo te lo prometo. El rey
me hace justicia mayor
de Aragón; por tanto...

GUZMÁN
¡Pues!

NUÑO
Contra ti no habrá justicia.

GUZMÁN
¡Es claro! ¿Quién la ha de hacer?

NUÑO
Elige entre mis criados
quien te acompañe.

GUZMÁN
¿Queréis
que hable a Ferrando?

NUÑO
Me agrada.
Yo le recompensaré.

Escena III

Dichos, DON LOPE, que sale apresurado por la izquierda.

LOPE
Su alteza os manda a llamar,
señor conde.

NUÑO
¿Qué tenéis,
don Lope? ¡Venís turbado!

LOPE
¿Turbado? Pudiera ser.
Han venido corredores
del campo...

NUÑO

¿Y qué dicen?

LOPE

¿Qué?

¡Malas nuevas! Ha sufrido
nuestro ejército un revés.

NUÑO

¿Qué decís?

LOPE

Y Castellar,
según pude comprender,
fue entrada a saco.

NUÑO

¡Imposible!

LOPE Y se asegura también
que han venido a Zaragoza
gentes del conde de Urgel.
La ciudad está desierta,
porque dicen que ha de haber
rebelión para esta noche.

NUÑO (Aparte a GUZMÁN.)

(Todo eso nos está bien.)

GUZMÁN (Voy...)

NUÑO (Lo mismo.)

(Escucha: si encuentras
resistencia, no te des
por vencido: espada tienes.)

GUZMÁN

(¿Pero aquí?...)

NUÑO

(Yo soy tu juez.)

(Vase GUZMÁN por la izquierda.)

Escena IV

Dichos, menos GUZMÁN.

LOPE

Pero lo más admirable
del caso aún no lo sabéis.
¿Quién pensáis que es el caudillo
de los contrarios?

NUÑO

No sé.

LOPE

Un muerto.

NUÑO

¡Don Lope!

LOPE

Justo.

Y ¿a que no acertáis quién es?

NUÑO

¿Yo?...

LOPE

Pues le habéis conocido,
y aun odiado.

NUÑO

¿Pero quién?...

LOPE

Ese Trovador.

NUÑO

¡Manrique!
¿No dicen que muerto fue
en Velilla?

LOPE

Sí, aunque nadie
le pudo allí conocer.

NUÑO

¿No era el mismo?

LOPE
O lo que yo
he sospechado después...

NUÑO
¿Qué?

LOPE
Debe de andar en esto
la mano de Lucifer.

NUÑO
¡Don Lope! ¿Os queréis burlar?

LOPE
Cada cual tiene su fe.

NUÑO
¿Y está en el castillo?

LOPE
No,
sino aquí.

NUÑO
No puedo creer...

LOPE
Esta mañana le ha visto
quien le conoce muy bien.

NUÑO
Y el caudillo de la trama
urdida, sin duda es él.

LOPE
Es el más osado.

NUÑO
Cierto;
mas puede su intrepidez
costarle cara; esta noche,
si viene lo hemos de ver.

(Vase por la izquierda.)

LOPE

Pues si los soldados son
como el caudillo... ¡Pardiez!
¡Una legión incorpórea!
¡Que todo pudiera ser!

(Vase detrás del CONDE, y queda el teatro por un instante solo. Después se dejan ver algunas religiosas en el locutorio: la puerta que está al lado de la reja se abre, y aparece LEONOR apoyada del brazo de JIMENA: las rodean algunos sacerdotes y religiosas.)

Escena V

LEONOR, JIMENA, SACERDOTES y RELIGIOSAS.

LEONOR

¡Jimena!

JIMENA

Al fin abandonas
a tu amiga.

LEONOR

Quiera el cielo
hacerte a ti más feliz,
tanto como yo deseo.

JIMENA

¿Por qué obstinarte?

LEONOR

Es preciso:
ya no hay en el Universo
nada que me haga apreciar
esta vida que aborrezco.
Aquí de Dios en las aras
no veré, amiga, a lo menos
a esos tiranos impíos
que causa de mi mal fueron.

JIMENA

Ni una esperanza.

LEONOR

Ninguna:
él murió ya.

JIMENA
Tal vez luego
se borrará de tu mente
ese recuerdo funesto.
El mal como la ventura,
todo pasa con el tiempo.

LEONOR
Estoy resuelta; ya no hay
felicidad, ni la quiero,
en el mundo para mí;
sólo morir apetezco.
Acompáñame, Jimena

JIMENA
Estás temblando.

LEONOR
Sí, tiemblo
porque a ofender voy a Dios
con pérfido juramento.

JIMENA
¿Qué decís?

LEONOR
¡Ay! Todavía
delante de mí le tengo,
y Dios, y el altar y el mundo
olvido cuando le veo.
Y siempre viéndole estoy
amante, dichoso y tierno...
Mas no existe; es ilusión
que imagina mi deseo.
Vamos.

JIMENA
¡Leonor!

LEONOR
Vamos pronto;
le olvidaré, lo prometo.
Dios me ayudará...; sosténme,

que apenas tenerme puedo.

Escena VI

Queda la escena un momento sola: salen por la izquierda DON MANRIQUE con el rostro cubierto con la celada, y RUIZ.

RUIZ
Este es el convento.

MANRIQUE
Sí,
Rüiz, pero nada veo.
¿Si te engañaron?

RUIZ
No creo...

MANRIQUE
¿Estás cierto que era aquí?

RUIZ
Señor, muy cierto.

MANRIQUE
Sin duda
tomó ya el velo.

RUIZ
Quizá.

MANRIQUE
Ya esposa de Dios será,
ya el ara santa la escuda.

RUIZ
Pero...

MANRIQUE
Déjame, Rüiz;
ya para mí no hay consuelo.
¿Por qué me dio vida el cielo
si he de ser tan infeliz?

RUIZ

Mas ¿qué causa pudo haber
para que así consagrara
tanta hermosura en el ara?
Mucho debió padecer.

MANRIQUE

Nuevas falsas de mi muerte
en los campos de Velilla
corrieron cuando en Castilla
estaba yo.

RUIZ

De esa suerte...

MANRIQUE

Persiguiéronla inhumanos
que envidiaban nuestro amor,
y ella busca al Redentor
huyendo de sus tiranos.
Si supiera que aún existo
para adorarla... No, no...
Ya olvidarte debo yo,
esposa de Jesucristo.

RUIZ

¿Qué hacéis? ¡Callad!...

MANRIQUE

Loco estoy...
Y ¿cómo no estarlo, ¡ay cielo!,
si infelice mi consuelo
pierdo y mis delicias hoy?
No los perderé: Rüz,
déjame.

RUIZ

¿Qué vais a hacer?

MANRIQUE

Si yo la pudiera ver...
con esto fuera feliz.

RUIZ

Aquí el locutorio está.

MANRIQUE
Vete.

RUIZ
Fuera estoy.

Escena VII

MANRIQUE. Después, GUZMÁN, FERRANDO.

MANRIQUE
¿Qué haré?
Turbado estoy... ¿Llamaré?
Tal vez orando estará.
Acaso en este momento
llora cuitada por mí:
nadie viene... por aquí...
es la iglesia del convento.

FERRANDO
Tarde llegamos, Guzmán.

GUZMÁN
¿Quién es ese hombre?

FERRANDO
No sé.

(Las religiosas cantarán dentro un responso: el canto no cesará hasta un momento después de concluida la jornada.)

GUZMÁN
¿Oyes el canto?

FERRANDO
Sí a fe.

GUZMÁN
En la ceremonia están.

MANRIQUE
Qué escucho... ¡Cielos! Es ella...
(Mirando a la puerta de la iglesia.)
Allí está bañada en llanto,

junto al altar sacrosanto,
y con su dolor más bella.

GUZMÁN
¿No es ésa la Iglesia?

FERRANDO
Vamos.

MANRIQUE
Ya se acercan hacia aquí.

FERRANDO
Espérate.

GUZMÁN
¡Vienen!

FERRANDO
Sí.

MANRIQUE
No, que no me encuentre... huyamos.

(Quiere huir, pero deteniéndose de pronto se apoya vacilando en la reja del locutorio. LEONOR, JIMENA y el séquito salen de la iglesia y se dirigen a la puerta del claustro; pero al pasar al lado de MANRIQUE éste alza la visera, y LEONOR reconociéndole cae desmayada a sus pies. Las religiosas aparecen en el locutorio llevando velas encendidas.)

GUZMÁN
Esta es la ocasión... Valor.

LEONOR
¿Quién es aquél? Mi deseo (A JIMENA.)
me engaña... ¡Sí, es él!

JIMENA
¡Qué veo!

LEONOR
¡Ah! ¡Manrique!

...
GUZMÁN y
FERRANDO ¡El Trovador!

(Huyen.)

JORNADA III

Interior de una cabaña: AZUCENA estará sentada cerca de una hoguera; MANRIQUE a su lado de pie.

Escena I

MANRIQUE, AZUCENA.

AZUCENA (Canta.)
Bramando está el pueblo indómito
de la hoguera en derredor;
al ver ya cerca la víctima
gritos lanza de furor.
Allí viene; el rostro pálido,
sus miradas de terror,
brillan de la llama trémula
al siniestro resplandor.

MANRIQUE
¡Qué triste es esa canción!

AZUCENA
Tú no sabes esta historia
que está, a par que en mi memoria,
guardada en mi corazón.

MANRIQUE
¿Por qué?

AZUCENA
Jamás te he contado
este doloroso y triste
suceso: ¡nunca! ¡Te fuiste
tan pequeño de mi lado!

MANRIQUE
Don Diego de Haro me dio
su amparo, y por él medraba.

AZUCENA

Es verdad; mas no te amaba
tanto como te amo yo.

MANRIQUE

¡Perdonad! Mi pobre cuna
esta ambición deslucía,
y yo vengar pretendía
agravios de la fortuna.
Haceros feliz, ha sido
mi esperanza.

AZUCENA

Sí, te creo.

MANRIQUE

Pero en vano es mi deseo:
vos nunca lo habéis querido.

AZUCENA

¡Feliz! Pobre lo seré
mejor que dueño de un trono.
Yo, Manrique, no ambiciono
riquezas. ¿Y para qué?
Me basta mi libertad,
y las montañas que fueron
mi cuna, y donde vivieron
tus padres siempre.

MANRIQUE

¡Es verdad!
¡Siempre! ¡Triste condición
a los míos ha tocado!

AZUCENA

Tú nunca me has preguntado
por ellos.

MANRIQUE

Tenéis razón.
De un temor, bajo el imperio,
que dominar no he podido,
madre, jamás me he atrevido
a aclarar ese misterio.

AZUCENA

¡Sí, Manrique! ¡Es un arcano

horrible! ¡Aquí de esa historia
vive eterna la memoria!
Quiero olvidarla, y en vano...

MANRIQUE

¿Por qué os quisisteis fijar
en este sitio?

AZUCENA

¿Por qué?
Porque aquí mismo, aquí fue
en donde la vi expirar.

MANRIQUE

¿Quién, madre mía?

AZUCENA

¡Sí! ¡Es cierto!
Tú no sabes este amargo
suceso, ¡no! y sin embargo...
¡Era mi madre! ¡Aquí ha muerto!

MANRIQUE

¡Vuestra madre!

AZUCENA

Era inocente;
mas se dijo entonces que era
encantadora, hechicera...

MANRIQUE

¡Infames!

AZUCENA

¡Y a una demente!
Sí, hijo, estaba loca; pero
el vulgo desatentado
la acusó de haber ahogado
al hijo de un caballero.

MANRIQUE

¿Y qué?

AZUCENA

No hubo compasión
para ella, y fue condenada

a morir... a ser quemada,
sin más causa ni razón.

MANRIQUE

Y se atrevieron tal vez...

AZUCENA

¡Aquí! Donde está esa hoguera,
sin que ninguno tuviera
lástima de su vejez.
Yo, Manrique, la seguía
llorando como quien llora
a una madre a quien adora;
¡porque adoraba en la mía!
Unido contra mi seno
llevaba yo a mi hijo... a ti.
Volvió mi madre hacia mí
el rostro grave y sereno,
y me miró, y me bendijo;
y ya del suplicio al lado,
con acento desgarrado;
¡véngame! ¡véngame!, dijo.
¡Oh, no puedo recordar
aquella palabra, en calma!
Se grabó en mi pecho, en mi alma,
y no la puedo olvidar.
Ofrecí en aquel momento
vengarla de una manera
horrible, espantosa, fiera...
¡Y cumplí mi juramento!

MANRIQUE

Sí, ¿la vengasteis? ¡Hablad!
¡Para una acción tan malvada
mil crímenes eran nada!
¿La vengasteis, es verdad?

AZUCENA

Bien pronto, tuve ocasión
de lograrlo. Yo no hacía
sino acechar noche y día
de aquel noble la mansión.
Descuidáronse: entré en ella;
al niño en brazos cogí,
y aunque salieron tras mí,
les hice perder mi huella.

Aquí vine, por mi ardor
y mi venganza, impulsada.
La hoguera ya preparada...

MANRIQUE

¡Cómo! ¿Tuvisteis valor?

AZUCENA

¡El inocente lloraba!
Tal vez implorar quería
mi compasión, y gemía,
y mi rostro acariciaba.
¿Quién no se doliera, quién
de aquel acerbo dolor?
¡Temblé! ¡Me faltó el valor!...
¿No era yo madre también?

MANRIQUE

¿Pero en fin?

AZUCENA

Yo, sin embargo,
no me olvidaba un momento
de mi madre. Aquel lamento
desgarrador cuanto amargo;
aquel espantoso grito;
que cual postrera esperanza
me encomendó una venganza
empujándome a un delito,
una y otra vez hería
mi corazón con espanto,
mientras que del niño el llanto
me helaba o me enternecía.
¡Oh! Bien pronto se agotó
mi esfuerzo en aquel martirio,
¡y un espantoso delirio
de repente me asaltó!
¡Entonces, como en un sueño,
allá, delante de mí
pasar a mi madre vi,
triste la faz, torvo el ceño!
Y vi en torno del suplicio
sayones que discurrían
armados, y se reían
del infando sacrificio.
Sonó un grito, «¡Véngame!»

que cual doloroso ruego
salió expirante del fuego,
y dije: «¡Te vengaré!»
¡Óyeme! ¡Desesperada,
a todas partes tendí
mi vista, y al niño así
entre mis manos, airada!
Con ánimo ya resuelto,
pero ciega y delirante,
le vi rodar un instante
entre las llamas envuelto.
A sus gritos, desperté
de mi ciego desvarío.
¡Ay! ¡Aquel niño era el mío!

MANRIQUE
¡Dios santo!

AZUCENA
¿Qué he dicho, qué?

MANRIQUE
¡No sois mi madre!

AZUCENA
¡Insensato!
¿Ves cómo en vano se esconde
tu presunción? El del conde
era el niño.

MANRIQUE
¡Oh Dios!

AZUCENA
¡Ingrato!
¿No quieres tú que yo sea
tu madre?

MANRIQUE
¡Pregunta extraña!

AZUCENA
Al menos, mi amor engaña
de modo que yo te crea.

MANRIQUE

No; si otro nombre codicio
con esperanzas que halago;
si ya a mi pesar no os hago
de mi orgullo el sacrificio,
¡todo este anhelo de gloria
en que abrasado me siento,
no hará que os borre un momento,
¡oh madre!, de mi memoria!
Es cierto que alguna vez
he acusado a la fortuna
que puso desde mi cuna
rémoras a mi altivez.
Muchas veces digo yo:
si, como mi afán desea,
fuese un Lanuza, un Urrea..

AZUCENA

Un Artal... (Mirándolo con atención.)

MANRIQUE

¡Un Artal no!
Si ese nombre fuera el mío,
le negaba.

AZUCENA

¿Por qué es eso?

MANRIQUE

¡Antes hijo de un confeso,
de un esclavo, de un judío!
¡Decís bien! ¡Condición necia
del hombre! ¡Vana inquietud
del que busca la virtud
en lo mismo que desprecia!
¡No sufriré que esa ley
injusta, en mi orgullo mande!
¡No! ¡Mi corazón es grande
como el corazón de un rey!
Tengo mi brazo y mi espada.

AZUCENA

¡Cierto! ¡Qué ambicionas más!

MANRIQUE

(¡Aún no viene!) (Mirando al fondo.)

AZUCENA
Pero estás
inquieto. ¿Qué sientes?

MANRIQUE
Nada.

AZUCENA
¡Algún pesar te devora!
¿Te pesa de haber nacido,
tan pobre, tan desvalido?...

MANRIQUE
¿Pesarme? ¡No, no señora!

AZUCENA
No temas: yo no diré
que soy tu madre. ¿No estoy
cierta yo de que lo soy?
Pues bien: me contentaré.
Pero al menos...

Escena II

Dichos, RUIZ al fondo.

MANRIQUE
(¡Ahí está!)

AZUCENA
¿Esperas a ese hombre?

MANRIQUE
Sí,
¡madre! Que no os halle aquí.

AZUCENA
No temas: no me verá. (Se aparta a un lado.)

MANRIQUE
¿Qué hay, pues? (Dirigiéndose a RUIZ.)

RUIZ
Que llegó el momento.

MANRIQUE ¡Noche de luto o de gloria!
¡Alcance yo esta victoria
o exhale el postrer aliento!

(Vanse los dos.)

Escena III

AZUCENA. Luego DON NUÑO, DON GUILLÉN, DON LOPE, JIMENO y SOLDADOS.

AZUCENA
¡Ingrato! ¡Ingrato! ¡Partió
sin decirme una palabra
de cariño! ¡Sin volver
a su madre una mirada!
¡Su madre! ¡Oh Dios! ¡Que no sepa
jamás de esa historia infausta
la horrible verdad! ¡Que ignore
el brillo de su prosapia!
Si le dijera: «¡Tú no eres
hijo mío; de más alta
familia tienes origen!»...
¡Qué hiciera! ¡Me despreciara!
Verme en la fría vejez
sola, triste, abandonada...
¡Oh! ¡no! ¡Que nunca lo sepa!
Ésta es mi sola venganza.
¿Y para qué le salvé
la vida?

(Aparecen al fondo soldados con hachas de viento encendidas.)

NUÑO (Dentro.)
¡Que nadie salga
de aquí!

AZUCENA
¡Cielos! ¡Viene gente!
¡Soldados! ¡Ay! ¿Quién me ampara?

(Corre a esconderse por la derecha.)

GUILLÉN
Nadie hay aquí.

NUÑO
¿Nos habrán
burlado?

GUILLÉN
Tal vez se amparan
de ese bosque en la espesura;
mas no es posible que salgan.

NUÑO
La impaciencia me consume,
¡don Guillén! ¡Oh! ¡Si lograra
dar esta noche a mis celos
y a mis agravios venganza!

GUILLÉN
Pero es cierto que aún existe...
NUÑO Verdad es por mi desgracia.
Ferrando y Guzmán le vieron
hoy mismo, y él de esta trama
es el caudillo.

GUILLÉN
Imposible
parece tan loca audacia.

NUÑO
Ya lo veréis; mas si logro
que hoy entre mis manos caiga...

(Se oye dentro rumor y algazara.)

GUILLÉN
¿Qué ruido es ese?

Escena IV

Dichos. GUZMÁN

GUZMÁN
¿Señor?

NUÑO

¿Quién motiva esa algazara?
¿Qué traéis?

GUZMÁN
Vuestros soldados
que por el bosque rondaban,
han preso a una bruja.

NUÑO
¿Qué?

GUZMÁN
Sí, señor, a una gitana.

NUÑO
¿Por qué motivo?

GUZMÁN
Sospechan,
al ver que de huir trataba
cuando la vieron, que venga
a espiar.

NUÑO
¿Y por qué arman
ese alboroto? ¿Qué es eso? (Mirando adentro.)

GUILLÉN
¿No veis cómo la maltratan?
NUÑO Traédmela, y que ninguno
sea atrevido a tocarla.

Escena V

Dichos. AZUCENA (Conducida por soldados y con las manos atadas.)

AZUCENA
Defendedme de esos hombres
que sin compasión me matan...
Defendedme.

NUÑO
Nada temas:
nadie te ofende.

AZUCENA
¿Qué causa
he dado para que así
me maltraten?

GUILLÉN
¡Desgraciada!

NUÑO
¿Adónde ibas?

AZUCENA
No sé...
por el mundo una gitana
por todas partes camina,
y todo el mundo es su casa.

NUÑO
¿Vienes de Castilla?

AZUCENA
No:
vengo, señor, de Vizcaya,
que la luz primera vi
en sus áridas montañas.
Por largo tiempo he vivido
en sus crestas elevadas,
donde pobre y miserable
por dichosa me juzgaba.
Un hijo solo tenía,
y me dejó abandonada:
vine a Aragón a buscarle,
que no tengo otra esperanza.
¡Y le quiero tanto! Él es
el consuelo de mi alma,
señor, y el único apoyo
de mi vejez desdichada.

GUZMÁN
Me hace sospechar, don Nuño.

NUÑO
Teme, mujer, si me engañas.

AZUCENA

¿Queréis que os lo jure?

NUÑO

No:

mas ten cuenta que te habla
el conde de Luna.

AZUCENA

(Sobresaltada.)

¡Vos!

¡Sois vos! (¡Gran Dios!)

JIMENO

¡Esa cara!

Esa turbación...

AZUCENA

Dejadme

permitidme que me vaya...

JIMENO

¿Irte?... Don Nuño, prendedla.

AZUCENA

Por piedad no... ¡Qué! ¿No bastan
los golpes de esos impíos,
que de dolor me traspasan?

NUÑO

Que la suelten.

JIMENO

No, don Nuño

NUÑO

Está loca.

JIMENO

Esa gitana

es la misma que a don Juan
vuestro hermano...

NUÑO

¡Qué oigo!

AZUCENA

¡Calla!
No se lo digas cruel
que si lo sabe me mata.

NUÑO
Atadla bien.

AZUCENA
Por favor,
que esas cuerdas me quebrantan
las manos... Manrique, hijo,
ven a librarme...

GUILLÉN
¿Qué habla?

AZUCENA
Ven, que llevan a morir
a tu madre.

NUÑO
¡Tú inhumana,
tú fuiste!

AZUCENA
No me hagáis mal,
os lo pido arrodillada...
Tened compasión de mí.

NUÑO
Llevadla de aquí... Apartadla
de mi vista.

AZUCENA
No fui yo;
ved, don Nuño, que os engañan.

Escena VI

(Los mismos, menos AZUCENA, que se va conducida por algunos soldados.)

NUÑO
Don Lope, a la Aljafería
en el momento llevadla.

Vos de ella me respondéis
con vuestra cabeza.

LOPE

¡Basta!

Cumpliré con mi deber.

(Vase.)

NUÑO

¡Oh! ¡Logré más que esperaba!

¿No lo oísteis, don Guillén?

¡Es hijo de esa gitana!

GUILLÉN

Volvamos a Zaragoza,
señor. Si acaso intentaran
en nuestra ausencia...

NUÑO

Eso quiero.

Midamos al fin las armas.

GUILLÉN

¡Don Nuño!...

NUÑO

Sucumbirán;

pero aunque vencer logran,

no lograrán arrancarme

de las manos mi venganza.

(Vanse.)

MUTACIÓN

El teatro representa el jardín o huerto del convento de las monjas de Belén. En el fondo una tapia, y en medio de ella una gran puerta. Al levantarse el telón, se verá a RUIZ acabando de forzar la puerta, y un soldado subido sobre la tapia.

Escena VII

RUIZ. Un SOLDADO.

RUIZ
Ten cuidado...

SOLDADO
Estoy alerta.
¿Abriste ya?

RUIZ
Poco falta.
Este pestillo... ¡Ya salta! (Abre la puerta.)

SOLDADO
¡Al fin! ¡Maldecida puerta!

RUIZ
¿No habrá llegado el rumor
a las madres?

SOLDADO
Será extraño.
¿Quién viene?

(Se baja por el lado afuera de la tapia.)

RUIZ
Si no me engaño...
Sí, no hay duda: es mi señor.

Escena VIII

Dichos. MANRIQUE.

MANRIQUE
¡Ruiz!

RUIZ
¿Qué mandáis?

MANRIQUE
Junto al muro
toda mi gente apostada
tengo: allánale la entrada.

RUIZ

Entrará: yo os lo aseguro.

MANRIQUE

Ya se sabe nuestro intento.

RUIZ

¿Es posible?

MANRIQUE

¡No te asombres!

¿Tienes aquí muchos hombres?

RUIZ

Apenas llegan a ciento.

MANRIQUE

Ayudando los de fuera
bastarán para forzar
la puerta; ve sin tardar,
y ayude Dios a quien quiera.

RUIZ

Voy.

(Vase cerrando la puerta del fondo.)

MANRIQUE

¡Pavorosa mansión,
en cuyo espacio se encierra
cuanto hoy existe en la tierra
querido a mi corazón!
¡Perdóname, si con tanta
ceguedad, luchando voy,
y osado, tu suelo estoy
profanando con mi planta!
¡Me oyes! ¡Yo he venido aquí
a salvarte, Leonor mía!
¿No perderá mi osadía
la dicha que busco en ti?
¿Rechazarás con horror
esta pasión invencible
que me arrastra? ¡No! ¡Imposible!...
¡O no fueras tú Leonor!
¡Oh! Si debiera a mi estrella
tal ventura... ¡Alguno viene
aquí! Ocultarme conviene

hasta averiguar si es ella.

(Se interna en el jardín: LEONOR sale un momento después por el lado opuesto.)

Escena IX

LEONOR

Ya el sacrificio que odié
mi labio trémulo y frío
consumó; perdón, Dios mío,
perdona si te ultrajé.
Llorar triste y suspirar
sólo puedo: ¡ay! Señor, no...
Tuya no debo ser yo,
recházame de tu altar.
Los votos que allí te hiciera
fueron votos de dolor
arrancados al temor
de un alma tierna y sincera.
Cuando en el ara fatal
eterna fe te juraba,
mi mente, ¡ay Dios!, se extasiaba
en la imagen de un mortal.
Imagen que vive en mí
hermosa, pura y constante...
No, tu poder no es bastante
a separarla de aquí.
Perdona, Dios de bondad,
perdona, sé que te ofendo:
vibra tu rayo tremendo
y confunde mi impiedad.
Mas no puedo en mi inquietud
arrancar del corazón
esta violenta pasión
que es mayor que mi virtud.
Tiempos en que amor solía
colmar piadoso mi afán,
¿qué os hicisteis? ¿Dónde están
vuestra gloria y mi alegría?
De amor el suspiro tierno
y aquel placer sin igual,
tan breve para mi mal
aunque en mi memoria eterno.
Ya pasó... mi juventud

los tiranos marchitaron,
y a mi vida prepararon
junto al ara el ataúd.
¡Ilusiones engañosas,
livianas como el placer,
no aumentéis mi padecer...,
sois por mi mal tan hermosas!

(Aparece MANRIQUE, y al verle, después de un momento de dudar, se arroja LEONOR en sus brazos.)

LEONOR
Sueños; dejadme gozar...
No hay duda... Él es... Trovador...
Será posible... (Viendo entrar a MANRIQUE.)

MANRIQUE
¡Leonor!

LEONOR
¡Gran Dios! Ya puedo espirar.

Escena X

MANRIQUE, LEONOR.

MANRIQUE
Te encuentro al fin, Leonor.

LEONOR
Huye: ¿qué has hecho?

MANRIQUE
Vengo a salvarte; a quebrantar osado
los grillos que te oprimen, a estrecharte
en mi seno, de amor enajenado.
¿Es verdad, Leonor? Dime si es cierto
que te estrecho en mis brazos, que respiras
para colmar, hermosa, mi esperanza,
y que extasiada de placer me miras.

LEONOR
¿Manrique?

MANRIQUE

Sí, tu amante que te adora
más que nunca feliz.

LEONOR

¡Calla...!

MANRIQUE

No temas;
todo en silencio está como el sepulcro.

LEONOR

¡Ay! Ojalá que en él feliz durmiera
antes que delincuente profanara,
torpe esposa de Dios, su santo velo.

MANRIQUE

¡Su esposa tú!... Jamás.

LEONOR

Yo, desdichada,
yo no ofendiera con mi llanto al cielo.

MANRIQUE

No, Leonor, tus votos indiscretos
no complacen a Dios; ellos le ultrajan.
¿Por qué temes? Huyamos; nadie puede
separarme de ti... ¿Tiemblas?... ¿Vacilas?...

LEONOR

¡Sí, Manrique!... ¡Manrique!... Ya no puede
ser tuya esta infeliz; nunca... Mi vida,
aunque llena de horror y de amargura,
ya consagrada está, y eternamente,
en las aras de un Dios omnipotente.
Peligroso mortal, no más te goces
envenenando ufano mi existencia;
demasiado sufrí, déjame al menos
que triste muera aquí con mi inocencia.

MANRIQUE

¡Esto aguardaba yo! Cuando creía
que más que nunca enamorada y tierna
me esperabas ansiosa, ¡así te encuentro
sorda a mi ruego, a mis halagos fría!
Y ¿tiemblas, di, de abandonar las aras

donde tu puro afecto y tu hermosura
sacrificaste a Dios?... ¡Pues qué!... ¿No fueras
antes conmigo que con Dios perjura?
Si, en una noche...

LEONOR
¡Por piedad!

MANRIQUE
¿Te acuerdas?
En una noche plácida y tranquila...
Qué recuerdo, Leonor; nunca se aparta
de aquí, del corazón: la luna hería
con moribunda luz tu frente hermosa,
y de la noche el aura silenciosa
nuestros suspiros tiernos confundía.
«Nadie cual yo te amó», mil y mil veces
me dijiste falaz: «Nadie en el mundo
como yo puede amar»; y yo insensato
fiaba en tu promesa seductora,
y feliz y extasiado en tu hermosura
con mi esperanza allí me halló la aurora.
¡Quimérica esperanza! ¡Quién diría
que la que tanto amor así juraba,
juramento y amor olvidaría!

LEONOR
Ten de mí compasión: si, por ti tiemblo,
por ti y por mi virtud, ¿no es harto triunfo?
Sí, yo te adoro aún; aquí en mi pecho
como un raudal de abrasadora llama
que mi vida consume, eternos viven
tus recuerdos de amor; aquí, y por siempre,
por siempre aquí estarán, que en vano quiero
bañada en lloro, ante el altar postrada,
mi pasión criminal lanzar del pecho.
No encones más mi endurecida llaga;
si aún amas a Leonor, huye te ruego,
libértame de ti.

MANRIQUE
¡Que huya me dices!...
¡Yo, que sé que me amas!...

LEONOR
No, no creas...

No puedo amarte yo... Si te lo he dicho,
si perjuro mi labio te engañaba,
¿lo pudiste creer?... Yo lo decía,
pero mi corazón... Te idolatraba.

MANRIQUE

¡Encanto celestial! Tanta ventura
puedo apenas creer.

LEONOR

¿Me compadeces?...

MANRIQUE

Ese llanto, Leonor, no me lo ocultes;
deja que ansioso en mi delirio goce
un momento de amor: injusto he sido,
injusto para ti... Vuelve tus ojos,
y mírame risueña y sin enojos.
¿Es verdad que en el mundo no hay delicia
para ti sin mi amor?

LEONOR

¿Lo dudas?

MANRIQUE

Vamos...,
pronto huyamos de aquí.

LEONOR

¡Si ver pudieses
la lucha horrenda que mi pecho abriga!
¿Qué pretendes de mí? ¿Que infamo, impura,
abandone el altar, y que te siga
amante tierna, a mi deber perjura?
Mírame aquí a tus pies, aquí te imploro
que del seno me arranques de la dicha;
tus brazos son mi altar, seré tu esposa,
y tu esclava seré; pronto, un momento,
un momento pudiera descubrirnos,
y te perdiera entonces.

MANRIQUE

¡Ángel mío!

LEONOR

Huyamos, sí... ¡No ves allí en el claustro

una sombra!... ¡Gran Dios!

MANRIQUE

No hay nadie, nadie...
Fantástica ilusión.

LEONOR

Ven, no te alejes;
¡Tengo un miedo! No, no... Te han visto...
Vete...
Pronto, vete por Dios... Mira el abismo
bajo mis pies abierto: no pretendas
precipitarme en él.

MANRIQUE

Leonor, respira,
respira por piedad: yo te prometo
respetar tu virtud y tu ternura.
No alienta. Sus sentidos trastornados...
Me abandonan sus brazos... No, yo siento
su seno palpitar... Leonor, ya es tiempo
de huir de esta mansión, pero conmigo
vendrás también. Mi amor, mis esperanzas,
tú para mí eres todo, ángel hermoso.
¿No me juraste amarme eternamente
por el Dios que gobierna el firmamento?
Ven a cumplirme, ven, tu juramento.

(Al quererla llevar en brazos hacia la puerta del fondo se abre ésta de par en par, y un soldado sale por ella manifestando grande agitación.)

SOLDADO

¡Pronto, señor!

MANRIQUE

¿Qué es eso?

SOLDADO

¡El enemigo!

(Vase.)

MANRIQUE

¡En qué momento!

LEONOR

¡Por piedad!

MANRIQUE

¡Alienta!

LEONOR

¿Dónde estoy?

MANRIQUE

¡En mis brazos!

Aquí, contra mi seno,

presa de amor en los estrechos lazos.

LEONOR

¡Horrible amor! ¡Horrible!... Vete, deja,

sálvate por piedad... No oyes, no miras...

(Dirigiendo con ansiedad la vista hacia el fondo del teatro.)

MANRIQUE

Pero ante el riesgo mi valor no ceja.

(¡Mis gentes no vendrán, pese a mis iras!)

LEONOR

¡Ay! ¿No ves que te pierdes?

MANRIQUE

¿Qué me importa,

si no te pierdo a ti?

LEONOR

Mira a lo lejos

armas...

MANRIQUE

¡Armas!

LEONOR

¡Sí, sí! La calle inundan

de esas luces brillando a los reflejos.

MANRIQUE

¡Oh! ¡sí!... Pero no temas: ¿a tu lado

no estoy yo? Moriré por defenderte

si así lo manda mi destino airado.

LEONOR

¿Y qué será de mí, si te dan muerte?
¡Huye! Sálvate.

MANRIQUE
No.

LEONOR
¿Ves que se acercan?
¡Es el Conde!

MANRIQUE
¡Gran Dios! ¿Y he de perderte?

(Se oye tocar a rebato hasta el final de la jornada.)

LEONOR
¿Oyes?

MANRIQUE
Sí; es la señal; en salvo estamos.

VOCES (Dentro.)
¡Traición!

(MANRIQUE desenvaina su espada.)

LEONOR
¡Oh! ¿Qué haces?

MANRIQUE
¡Si mi voz esperan!...
¡Mis valientes aquí!

(Aparecen DON NUÑO, DON LOPE y soldados con luces y por otra parte RUIZ, que con su gente se coloca al lado de MANRIQUE. Éste defenderá a LEONOR ocultándose entre los suyos y peleando con DON GUILLÉN y DON NUÑO.)

Escena XI

Dichos. DON NUÑO, DON GUILLÉN, DON LOPE, RUIZ, SOLDADOS.

NUÑO
¡Traidor! Te encuentro
al fin.

LEONOR
¡Piedad, piedad!

NUÑO
¡Que todos mueran!

JORNADA IV

Una sala en la torre de Castellar con puertas laterales y al fondo.

Escena I

LEONOR, RUIZ.

LEONOR
¿Qué nuevas?...

RUIZ
De contento: la victoria
otra vez nuestro esfuerzo ha coronado.
El enemigo osado
que nuestros muros a sitiar venía,
hacia los montes va desbaratado,
a ocultar su vergüenza y cobardía.

LEONOR
(¡Cuántas desdichas!)

RUIZ
De la lid despojos,
rendidos al rigor de los aceros
hoy llegarán tal vez a nuestros muros
cuantos allí cayeron prisioneros.

LEONOR
¡Calla! Deja que ignore
males que lloro y que lamento en vano,
vencido o vencedor fuerza es que lllore...

RUIZ
Os comprendo. (¡Infeliz!)

LEONOR
¡Tengo un hermano!

RUIZ
Es cierto: perdonad...

(Después de un momento de pausa.)

LEONOR
¿Y don Manrique?

RUIZ Aún reposando está.

(LEONOR hace una seña, y se retira RUIZ.)

LEONOR
Duerme tranquilo
mientras rugiendo atroz sobre tu frente
rueda la tempestad, mientras llorosa
tu amante criminal, tiembla azorada.
¡Cuál es mi suerte! ¡Oh Dios! ¿Por qué tus aras
ilusa abandoné? La paz dichosa
que allí bajo las bóvedas sombrías
feliz gozaba tu perjura esposa...
¿Esposa yo de Dios? No puedo serlo;
jamás, nunca lo fui... tengo un amante
que me adora sin fin, y yo le adoro,
que no puedo olvidar solo un instante.
Ya con eternos vínculos el crimen
a su suerte me unió... Nudo funesto,
nudo de maldición que allá en su trono
enojado maldice un Dios terrible.

Escena II

LEONOR, MANRIQUE.

LEONOR
¿Manrique, eres tú?

MANRIQUE
Sí, Leonor querida.

LEONOR
¿Qué tienes?

MANRIQUE
Yo no sé...

LEONOR
¿Por qué temblando
tu mano está? ¿Qué sientes?

MANRIQUE
Nada; nada.

LEONOR
En vano me lo ocultas.

MANRIQUE
Nada siento.
Estoy bueno... ¿Qué dices? ¿Que temblaba
mi mano?... No... Ilusión, nunca he temblado.
¿Ves como estoy tranquilo?

LEONOR
De otra suerte
me mirabas ayer... Tu calma fría
es la horrorosa calma de la muerte.
¿Pero qué causa, dime, tus pesares?

MANRIQUE
¿Quieres que te lo diga?

LEONOR
Sí, lo quiero.

MANRIQUE
Ningún temor real, nada que pueda
hacerte a ti infeliz ni entristecerte,
causa mi turbación... Mi madre un día
me contó cierta historia, triste, horrible,
que no puedes saber, y desde entonces
como un espectro me persigue eterna
una imagen atroz. No lo creyeras,
y a contártelo yo te estremecieras.

LEONOR
Pero...

MANRIQUE

No temas, no; tan sólo ha sido
un sueño, una ilusión, pero horrorosa...
Un sudor frío aún por mi frente corre.
Soñaba yo que en silenciosa noche
cerca de la laguna que el pie besa
del alto Castellar contigo estaba.
Todo en calma yacía; algún gemido
melancólico y triste
sólo llegaba lúgubre a mi oído.
Trémulo como el viento en la laguna
triste brillaba el resplandor siniestro
de amarillenta luna.
Sentado allí a su orilla y a tu lado
pulsaba yo el laúd, y en dulce trova
tu belleza y mi amor tierno cantaba,
y en triste melodía
el viento que en las aguas murmuraba
mi canto y tus suspiros repetía.
Mas súbito, azaroso, de las aguas
entre el turbio vapor, cruzó luciente
relámpago de luz que hirió un instante
con brillo melancólico tu frente.
Yo vi un espectro que en la opuesta orilla
como ilusión fantástica vagaba
con paso misterioso,
y un quejido lanzando lastimoso
que el nocturno silencio interrumpía,
ya triste nos miraba,
ya con rostro infernal se sonreía.
De pronto el huracán cien y cien truenos
retemblando sacude,
y mil rayos cruzaron,
y el suelo y las montañas
a su estampido horrísono temblaron.
Y envuelta en humo la feroz fantasma
huyó; los brazos hacia mí tendiendo.
¡Véngame!, dijo; y se lanzó a las nubes.
¡Véngame! por los aires repitiendo.
Frío con el pavor tendí mis brazos
adonde estabas tú... Tú ya no estabas,
y sólo hallé a mi lado
un esqueleto, y al tocarle osado
en polvo se deshizo, que violento
llevóse al punto retronando el viento.

Yo desperté azorado; mi cabeza
hecha estaba un volcán, turbios mis ojos,
mas logro verte al fin, tierna, apacible,
y tu sonrisa calma mis enojos.

LEONOR

¿Y un sueño solamente
te atemoriza así?

MANRIQUE

No, ya no tiemblo,
ya todo lo olvidé... Mira, esta noche
partiremos al fin de este castillo...
No quiero estar aquí.

LEONOR

Temes acaso...

MANRIQUE Tiemblo perderte: numerosa hueste
del rey usurpador viene a sitiarnos,
y este castillo es débil con extremo;
nada temo por mí, mas por ti temo.

Escena III

Dichos, RUIZ que sale por el fondo.

RUIZ

¿Señor?

MANRIQUE

¿Quién?

RUIZ

A Castellar
en este momento llegan
prisioneros, y me ruegan
que os venga en su nombre a hablar.

MANRIQUE

¡Prisioneros! Y ¿de dónde?...

RUIZ

Abandonó la fortuna
ayer, al conde de Luna.

MANRIQUE
¡Cómo! ¡Derrotado el conde!
¿Y no prisionero?

RUIZ
No.

MANRIQUE
¡Agradézcalo a su suerte!

LEONOR
¡Manrique! (En tono de reconvención.)

MANRIQUE
Él quiere mi muerte...
y la suya quiero yo.

LEONOR
¡No! ¡Calla!

RUIZ
Pagar es ley.

MANRIQUE
Y ¿a quién se debe la gloria?...

RUIZ
El rey ganó esta victoria.

MANRIQUE
¡Ése es digno de ser rey!
RUIZ Al entrar en el castillo
un prisionero que viene
con el rostro oculto, y tiene
las insignias de caudillo,
dijo que hablaros quería.

MANRIQUE
¿Quién puede ser!

RUIZ (Aparte los dos.)
(¿Sabéis quién?)

MANRIQUE
(¿Le conoces?)

RUIZ
(Don Guillén.)

MANRIQUE
(¿No te engañas?)

RUIZ
(No, a fe mía,
le he visto.)

MANRIQUE
¡Leonor, atiende!

LEONOR
Te dejo, sí.

MANRIQUE
Un desgraciado
que ahora gime aprisionado
y hablarme a solas pretende...

LEONOR
No me digas más: te dejo.
Manrique: tus iras doma,
oye a ese infeliz, y toma
de tu corazón consejo.

(Vase por la izquierda.)

MANRIQUE
Ya le abona tu piedad
y mi cariño también.
Haz que venga don Guillén.

RUIZ
Cerca estaba.

(Se dirige a la puerta del fondo: un momento después sale conduciendo a DON GUILLÉN, y se retira.)

Escena IV

MANRIQUE, DON GUILLÉN.

GUILLÉN
¡Perdonad!

MANRIQUE
¿Vos aquí?

GUILLÉN
Sí, que la suerte,
robándome una esperanza,
donde busqué mi venganza,
me precipitó a la muerte.

MANRIQUE
Teméis no hallar en mi pecho
compasión...

GUILLÉN
Nada me obliga.
Al odio que aquí se abriga
mi corazón viene estrecho.
¡Piedad de vos! ¡Compasión
del que manchó la pureza
de mi honor, de mi nobleza!
Eterna abominación.

MANRIQUE
Si en vuestro pecho no grita
esta voz dulce y clemente:
si es tal vuestro enojo ardiente
que mi clemencia os irrita;
¿a qué venís, don Guillén?

GUILLÉN
Es que a buscar aquí vengo
mi muerte.

MANRIQUE
¡No!

GUILLÉN
Es porque tengo
afán de hablaros también.
¿No os aterra mi presencia,
Manrique? ¿No os dice nada,
ni el fuego de esa mirada

ni vuestra propia conciencia?

MANRIQUE

Aplaudo ese noble arrojo.
Hijo es del odio: ¿qué mucho?...
Mas ya lo veis: yo os escucho
sin prevención, sin enojo.

GUILLÉN

Prefiero vuestro rencor.

MANRIQUE

¿Y si salvaros quisiera?

GUILLÉN

¿Deberos la vida? Fuera
mi desventura mayor.
La muerte dadme, u os juro
por el odio que arde aquí,
que no os valdrán contra mí
falanges ni fuerte muro.
No habrá medio ni camino
vedado para mi saña.

MANRIQUE

¡No! ¡Vuestro ardor os engaña!
Ya es este nuestro destino.
Don Guillén... Con pena doble
en este instante me veis;
pero olvidar no podéis
que sois bueno y que sois noble.
¿A qué ese mentido alarde
que en vos sospechar no puedo?

GUILLÉN

¡Qué bien se revela el miedo
en el alma del cobarde!

MANRIQUE

(Exaltándose y volviendo repentinamente a calmarse.)
¡Yo miedo! ¡Cobarde yo!
Preguntádselo a la gloria
que ya en más de una victoria
con sus palmas me cubrió.

GUILLÉN

Tal vez la necia fortuna
con su favor nos impele;
mas también descubrir suele
liviandades de la cuna.

MANRIQUE
¡Silencio! (Irritado.)

GUILLÉN
Sonriéndose con aire de triunfo.)
¡Toqué en la herida!

MANRIQUE
¡Basta ya! Basta de mengua...
u os haré arrancar la lengua,
ya que no quiera la vida.

Escena V

Dichos, LEONOR.

LEONOR
¡Manrique!

MANRIQUE
¡Tú aquí!

GUILLÉN
¡Villana!

MANRIQUE
¡Don Guillén! ¡Silencio os digo!

GUILLÉN
¡No, no! Llegó ya el castigo
de vuestra pasión liviana.

LEONOR
¡Mi hermano aquí!

GUILLÉN
¡Sí, yo soy!
¡Te espantas! ¡Oh! ¡Temes bien!
Escúchame.

MANRIQUE
¡Don Guillén!...

LEONOR
Habla: resignada estoy.

MANRIQUE
(No sé qué temor)...

LEONOR
Ya espero.

GUILLÉN
Al dar tu cariño a ese hombre,
pensaste que era su nombre
el nombre de un caballero.
Pues bien, Leonor, te engañó.
Es hijo de una gitana...

MANRIQUE
(¡Cielos!)

GUILLÉN
Y mi noble hermana
noble también le creyó.

LEONOR
¡Ay! ¡Calla! (Ocultando el rostro con las manos.)

MANRIQUE
¡Implacable encono!

GUILLÉN
Ahora, que estoy ya vengado,
herid.

MANRIQUE
Me habéis desgarrado
el corazón... y os perdono.
Salid.

GUILLÉN
No, sin que me deba
vuestra piedad un aviso.

MANRIQUE
¡No os quiero oír!

GUILLÉN
Es preciso;
que os interesa esta nueva.
Presa vuestra madre...

MANRIQUE
¡Oh Dios!
¿es cierto?

GUILLÉN
De su hijo implora
vida y libertad. Ahora,
haced lo que os cumpla a vos.

MANRIQUE
¡Ruiz!

Escena VI

Dichos. RUIZ.

RUIZ
¿Señor?

MANRIQUE
Haz que al momento
para marchar se preparen
mis gentes.

LEONOR
¿Qué vas hacer?
MANRIQUE (A DON GUILLÉN.)
¡Y vos, salid al instante!
¡En el campo nos veremos,
don Guillén! ¿Oyes? Que nadie (A RUIZ.)
le ofenda: que libre salga,
y después... ¡que Dios le ampare!

GUILLÉN
Vida y libertad os debo,
Manrique; pero aun no valen,

ni la humillación que hoy sufro,
ni el honor que me robasteis.

MANRIQUE

Nada me debéis: la muerte
de uno u otro...

GUILLÉN

A todo trance.

LEONOR

Oh, ¡Dios mío! ¡Qué mayor
castigo, pudieras darme!

GUILLÉN

¡Guillén, espera!

GUILLÉN

Apartad.

LEONOR

No me rechaces.

GUILLÉN

Yo no tengo hermana.

LEONOR

¡Cielos!

GUILLÉN

Yo no os conozco: dejadme.

(Vase seguido de RUIZ.)

Escena VII

MANRIQUE, LEONOR.

LEONOR

¡Era verdad!

MANRIQUE

¡Sí, Leonor,
sí! ¡Bien puedes despreciarme!

¡Ya era tiempo! Esa gitana,
esa infeliz... es mi madre.

LEONOR
¡Tu madre!

MANRIQUE
Llora si quieres,
maldíceme porque infame
uní tu orgullosa cuna
con mi cuna miserable.
Pero déjame que vaya
a salvarla si no es tarde;
si ha muerto, la vengaré
de su asesino cobarde.

LEONOR
¡Esto me faltaba!...

MANRIQUE
Sí,
yo no he debido engañarte
tanto tiempo... Vete, vete:
soy un hombre despreciable.

LEONOR
Nunca para mí.

MANRIQUE
Eres noble,
y yo, ¿quién soy? Ya lo sabes.
Vete a encerrar con tu orgullo
bajo el techo de tus padres.

LEONOR
¡Con mi orgullo! Tú te gozas,
cruel, en atormentarme.
Ten piedad...

MANRIQUE
Pero soy libre
y fuerte para vengarme...
Y me vengaré... ¿lo dudas?

LEONOR
Si necesitas mi sangre,

aquí la tienes.

MANRIQUE

¡Leonor!

¡Qué desgraciada en amarme
has sido! ¿Por qué, infeliz,
mis amores escuchaste?
Y ¿no me aborreces?

LEONOR

No.

MANRIQUE ¿Sabes que presa mi madre
espera tal vez la muerte?
¡Venganza infame y cobarde!
¿Qué espero yo?.

..

LEONOR

Ven... No vayas...

Mira, el corazón me late
y fatídico me anuncia
tu muerte.

MANRIQUE

¡Llanto cobarde!

Por una madre morir,
Leonor, es muerte envidiable.
¿Quisieras tú que temblando
viera derramar su sangre,
o si salvarla pudiera,
por salvarla no lidiase?

LEONOR

Pues bien, iré yo contigo;
allí correré a abrazarte
entre el horror y el estruendo
del fratricida combate.
Yo opondré mi pecho al hierro
que tu vida amenazare;
sí, y a falta de otro muro,
muro será mi cadáver.

MANRIQUE

Ahora te conozco, ahora
te quiero más.

LEONOR

Si tú partes
iré contigo; la muerte
a tu lado ha de encontrarme.

MANRIQUE
Venir tú... No; en el castillo
queda custodia bastante
para ti... ¿Escuchas? ¡Adiós!

(Suenan clarines.)

El clarín llama al combate.

LEONOR
Un momento.

MANRIQUE
No es posible.
¡Adiós! ¡Adiós, pobre mártir
de mi amor fatal! Que el cielo
de tus dolores se apiade,
y sólo a mí de su cólera
el tremendo rayo alcance.

LEONOR
¿Qué dices?

MANRIQUE
¡Voy a morir!
¡Bien auguraba tu amante
corazón! Ya aquí no siento
aquel valor indomable...

LEONOR
Huyamos; mira...

MANRIQUE
El destino
me arrastra: vencido el ángel
está, que ayer me cubría
con sus alas celestiales.

LEONOR
¡Por piedad; no me abandones!
¡Escúchame; espera!

MANRIQUE

¡Es tarde!

LEONOR

La voz del amor te llama.

(Suena el clarín.)

MANRIQUE

La de mi deber es antes.

(Desprendiéndose de ella, vase por el fondo.)

JORNADA V

Primera parte

Salón en el Castillo de la Aljafería. Puerta en el fondo y a la izquierda del actor. A la derecha una ventana.

Escena I

LEONOR, DON LOPE, RUIZ, que salen por la puerta del fondo.

LOPE

Podéis entrar, pero temo
que en este momento el conde...

LEONOR

Quiero verle.

LOPE

Le veréis,
si no hay causa que lo estorbe.

LEONOR

¡A todo trance, es preciso!
Está la vida de un hombre
en grave riesgo, y espero
que me ayudaréis, don Lope.

LOPE

¿Me conocéis? En tal caso...

LEONOR

¿Y quién, señor, no os conoce,
siendo, como sois, tan bueno,
y tan piadoso y tan noble?

LOPE

Tal vez el conde pudiera...
si dijeseis vuestro nombre...

LEONOR

A él solo.

LOPE

Como gustéis.

LEONOR

¿Están aquí las prisiones?

LOPE

Aquí. Desde esa ventana
se ve, señora, la torre,
donde entre cadenas gimen
los que a su rey son traidores.

LEONOR

¡Ah! ¡Gracias!
(Dirigiéndose rápidamente a la ventana.)

LOPE

Voy a serviros.
(Preciso es tener de bronce
el corazón para... Y temo
que su esperanza no logre.)

(Vase por la izquierda.)

Escena II

LEONOR, RUIZ.

LEONOR

Ruiz, trajiste...

RUIZ

Aquí está ya,
señora; por un jaroque
que no vale seis cornados...

LEONOR

El precio nada te importe.
Toma esta cadena, tú.

RUIZ

¡Judío al fin!

LEONOR

No te enojés.

RUIZ

Diez maravedís de plata
me llevó el Iscariote.

LEONOR

Vete, Ruiz.

RUIZ

¿Os quedáis
sola aquí? No, que me ahorquen
primero...

LEONOR

Quiero estar sola.

RUIZ

Si os empeñáis... Buenas noches.

Escena III

LEONOR.

LEONOR

Esa es la torre; allí está,
y maldiciendo su suerte
espera triste la muerte
que no está lejos quizá.
¡Esas murallas sombrías,

esas rejas y esas puertas
al féretro sólo abiertas,
verán tus últimos días!
¿Por qué tan ciega le amé?
¡Infeliz! ¿Por qué, Dios mío,
con amante desvarío
mi vida le consagré?
Mi amor te perdió, mi amor...
Yo mi cariño maldigo,
pero moriré contigo
con veneno abrasador.
¡Si me quisiera escuchar
el conde!... Si yo lograra
librarte así, ¿qué importara?...
Sí, voy tu vida a salvar.
A salvarte... No te asombre
si hoy olvido mi desdén.

VOZ (Dentro.)
Hagan bien para hacer bien
por el alma de este hombre.

LEONOR
Ese lúgubre clamor...
¿O tal vez lo escuché mal?
No, no... ¡Ya la hora fatal
ha llegado Trovador!
¡Manrique! Partamos ya,
no perdamos un instante.

VOZ (Dentro.)
¡Ay!

LEONOR
Esa voz penetrante...
¡Si no fuera tiempo ya!

(Al querer partir se oye tocar un laúd: un momento después canta dentro MANRIQUE.)

VOZ [de MANRIQUE]
Espacio viene la muerte,
que está sorda a mi clamor:
para quien morir desea,
espacio viene por Dios.

¡Ay! Adiós, Leonor,

Leonor.

LEONOR

Él es; ¡y desea morir
cuando su vida es mi vida!
¡Si así me viera afligida
por él al cielo pedir!

VOZ [de MANRIQUE]

(Dentro.)

No llores si a saber llegas
que me matan por traidor,
que el amarte es mi delito,
y en el amar no hay baldón.

*¡Ay! Adiós, Leonor,
Leonor.*

LEONOR

¡Que no llore yo, cruel!
No sabe cuánto le quiero.
¡Que no llore, cuando muero
en mi juventud por él!
Si a esa reja te asomaras
y a Leonor vieras aquí,
tuvieras piedad de mí
y de mi amor no dudarás.
Aquí te buscan mis ojos
a la luz de las estrellas,
y oigo a par de tus querellas
el rumor de los cerrojos.
Y oigo en tu labio mi nombre
con mil suspiros también.

VOZ (Dentro.)

Hagan bien para hacer bien
por el alma de este hombre.

LEONOR

¡No! No morirás; ¡yo haré
por salvarte! Del tirano
feroz, la sangrienta mano
con mi llanto bañaré.
¿Temes? Leonor te responde
de su cariño y virtud.
Calma tu amante inquietud...,

que nunca seré del conde.

Escena IV

LEONOR, DON LOPE.

LOPE
¿Señora?

LEONOR
¡Decid! ¿Consiente
en verme?

LOPE
Ni aun yo he podido
hablarle.

LEONOR
¡No habéis querido!

LOPE
¡Cómo! Un hidalgo no miente.
Mas, lo juro por mi fe:
veréis a don Nuño.

LEONOR
¿Cuándo?
LOPE Está en su cámara hablando
con don Guillén de Sesé.

LEONOR
Don Guillén! ¿Dónde está, dónde?

LOPE
¿Le conocéis?

LEONOR
Sí. (¡Qué escucho!)
LOPE Sois dichosa: él puede mucho
en el ánimo del conde.
¿Queréis hablarle?

LEONOR
¡No, no!

Primero... (El cielo me valga.)

LOPE

Esperad hasta que salga.

LEONOR

(¿Quién más desventuras vio?)

LOPE Mirad: ahí vienen. Podéis
afuera esperar en tanto;
y escudada con el manto...

LEONOR

¡Venid, venid! No tardéis.

(Vanse por el fondo: después salen por la izquierda DON NUÑO y DON GUILLÉN.)

Escena V

DON NUÑO, DON GUILLÉN.

NUÑO

¿Visteis, don Guillén, al reo?

GUILLÉN

Dispuesto a morir está.

NUÑO

Llegue ese momento ya:
cúmplase al fin mi deseo.

GUILLÉN

Si mereciera piedad,
tal vez...

NUÑO

¿Qué vais a decir?
Para ayudarle a morir,
a un religioso avisad,
y despachaos con presteza.

GUILLÉN

¡El hijo de una gitana!

NUÑO

Cierto; diligencia es vana.

GUILLÉN

Mas ¿no dais cuenta a su alteza?

NUÑO ¿Para qué? Ocupado está
en la guerra de Valencia.

GUILLÉN

Si no aprueba la sentencia...

NUÑO

Yo sé que la aprobará.

Para aterrar la traición

puso en mi mano la ley:

mientras aquí no esté el rey,

yo soy el rey de Aragón.

Mas... ¿vuestra hermana!

GUILLÉN

Yo mismo

nada de su suerte sé;

pero encontrarla sabré

aunque la oculte el abismo.

Entonces su torpe amor

lavará con sangre impura.

Sólo así el honor se cura,

y es muy sagrado el honor.

NUÑO

No; tanto rigor no es bien

emplear.

GUILLÉN

Mi ilustre cuna.

NUÑO Si algo apreciáis al de Luna,

no la ofendáis, don Guillén.

GUILLÉN

¿Tenéis algo que mandar?

NUÑO Dejadme solo un instante.

Escena VI

DON NUÑO. Después DON LOPE.

NUÑO

Leonor, al fin en tu amante
tu desdén voy a vengar.
Al fin en su sangre impura
a saciar voy mi rencor;
también yo puedo, Leonor,
gozarme en tu desventura.
Fatal tu hermosura ha sido
para mí, pero fatal
también será a mi rival,
a ese rival tan querido.
Tú lo quisiste; por él
mi ternura despreciaste...
¿Por qué, Leonor, no me amaste?
Ya no fuera tan cruel.
Ángel hermoso de amor,
yo como a un Dios te adoraba,
y tus caricias gozaba
un oscuro Trovador.
Harto la suerte envidié
de un rival afortunado;
harto tiempo despreciado
su ventura contemplé.
¡Ah! Perdonarle quisiera...
No soy tan perverso yo.
Pero es mi rival... No, no...
Es necesario que muera.

LOPE

Vuestras órdenes, señor,
se han cumplido; el reo espera
su sentencia.

NUÑO

¡Y bien! Que muera,
pues a su rey fue traidor.
¿A qué aguardáis?

LOPE

Si así os plugo...

NUÑO

¿No fue perjuro a la ley
y rebelde con su rey?
Pues bien, ¿qué espera el verdugo?

Esta noche ha de morir.

LOPE

¿Esta noche? ¡Pobre mozo!

NUÑO Junto al mismo calabozo.

LOPE

(Hace que se va y vuelve.)

Voy al instante. Es decir...

NUÑO

La bruja...

LOPE

Con él está

en su misma prisión.

NUÑO

Bien.

LOPE

¿Pero ha de morir?

NUÑO

También.

LOPE

¿De qué muerte morirá?

NUÑO

Como su madre, en la hoguera.

LOPE

¡Por último confesó

que a vuestro hermano mató!

Maldiga Dios la hechicera.

NUÑO

Molesto, don Lope, estáis...

Idos ya.

LOPE

Si os incomodo...

NUÑO

Quiero estar solo.

LOPE
Con todo...
(¡Mal templado está!)

NUÑO
¿No os vais?

LOPE
(Hace que se va y vuelve.)
Perdonad; se me olvidaba
con la maldita hechicera.

NUÑO
Don Lope!

LOPE
Señor, ahí fuera
una dama os aguardaba.

NUÑO
Y ¿qué objeto aquí la trae?
¿Dice quién es?

LOPE
Encubierta
llegó, señor, a la puerta
que al campo de Toro cae.

NUÑO
ue entre, pues; vos, despejad.

El conde, señora, espera.
NUÑO Vos os podéis quedar fuera,
y hasta que os llame aguardad.

Escena VII

DON NUÑO, LEONOR.

LEONOR
¿Me conocéis? (Descubriéndose.)

NUÑO

¡Desgraciada!
¿Qué buscáis, Leonor, aquí?

LEONOR
¿Me conocéis, conde?

NUÑO
Sí;
por mi mal, desventurada,
por mi mal te conocí.
¿A qué vinisteis, Leonor?

LEONOR
¿Conde, dudarle queréis?

NUÑO
¡Todavía el Trovador!...

LEONOR
Sé que todo lo podéis,
y que peligra mi amor.
Duélaos, don Nuño, mi mal.

NUÑO
¡A eso vinisteis, ingrata,
a implorar por un rival!
¡Por un rival! ¡Insensata!
Mal conoces al de Artal.
No; cuando en mis manos veo
la venganza apetecida,
cuando su sangre deseo...
Imposible...

LEONOR
No lo creo.

NUÑO
Sí, creedlo por mi vida.
Largo tiempo también yo
aborrecido imploré
a quien mis ruegos no oyó,
y de mi afán se burló;
no penséis que lo olvidé.

LEONOR
¡Ah! Conde, conde, piedad. (Arrodillándose.)

NUÑO

¿Vos la tuvisteis de mí?

LEONOR

Por todo un Dios.

NUÑO

Apartad.

LEONOR

No, no me muevo de aquí.

NUÑO

Pronto, Leonor, acabad.

LEONOR

Bien sabéis cuánto le amé;
mi pasión no se os esconde...

NUÑO

¡Leonor!

LEONOR

¿Qué he dicho? No sé,
no sé lo que he dicho, conde;
¿queréis?... Le aborreceré.
¡Aborrecerle! ¡Dios mío!
Y aun amaros a vos, sí,
amaros con desvarío
os prometo... ¡Amor impío,
digno de vos y de mí!

NUÑO

Es tarde, es tarde, Leonor,
¿y yo perdonar pudiera
a tu infame seductor,
al hijo de una hechicera?

LEONOR

¿No os apiada mi dolor?

NUÑO

¡Apiadarme! Más y más
me irrita, Leonor, tu lloro,
que por él vertiendo estás;

no lo negaré, aún te adoro,
¿mas perdonarle? Jamás.
Esta noche, en el momento...
Nada de piedad.

LEONOR
(Con ternura.)
¡Cruel!
¡Cuando en amarte consiento!

NUÑO
¿Qué me importa tu tormento,
si es por él, sólo por él?

LEONOR
Por él, don Nuño, es verdad;
por él con loca impiedad
el altar he profanado.
¡Y yo, insensata, le he amado
con tan ciega liviandad!

NUÑO
Un hombre oscuro...

LEONOR
Sí, sí,
nunca mereció mi amor.

NUÑO
Un soldado, un Trovador...

LEONOR
Yo nunca os aborrecí.

NUÑO
¿Qué quieres de mí, Leonor?
¿Por qué mi pasión enciendes,
que ya entibiándose va?
Di que engañarme pretendes,
dime de que de un Dios dependes,
y amarme no puedes ya.

LEONOR
¿Qué importa, conde? ¿No fui
mil y mil veces perjura?
¿Qué importa, si ya vendí

de un amante la ternura,
que a Dios olvide por ti?

NUÑO
¿Me lo juras?

LEONOR
Partiremos
lejos, lejos de Aragón,
y felices viviremos,
y siempre nos amaremos
con acendrada pasión.

NUÑO
¡Leonor... delicia inmortal!

LEONOR
Y tú en premio a mi ternura...

NUÑO
Cuanto quieras.

LEONOR
¡Oh ventura!

NUÑO
Corre, dile que el de Artal
su libertad le asegura;
pero que huya de Aragón;
que no vuelva, ¡lo has oído!

LEONOR
Sí, sí...

NUÑO
Dile que atrevido
no persista en su traición;
que tu amor ponga en olvido.

LEONOR
Sí... Lo diré... (¡Dios eterno!
tu nombre bendeciré.)

NUÑO Mirad, que os observaré.

LEONOR
(Ya no me aterra el infierno,

pues que su vida salvé.)

Segunda parte

Calabozo oscuro con una ventana con reja, a la izquierda, y una puerta en el lado opuesto. Otra puerta grande al fondo. Al levantarse el telón, AZUCENA estará recostada en un escaño, y MANRIQUE sentado en el lado opuesto.

Escena I

MANRIQUE, AZUCENA.

MANRIQUE
¿No dormís? (Acercándose a AZUCENA.)

AZUCENA
¡No, hijo mío!
Quisiera; mas no puedo: de mis ojos
huye el sueño.

MANRIQUE
¡Tembláis!

AZUCENA
¿Qué?

MANRIQUE
¿Tenéis frío?

AZUCENA
No; pero dí: ¿quién causa tus enojos?
¡Suspirabas! ¿Por qué? Si son tus penas
con ser tuyas no más, las penas mías;
¿por qué en silencio tu dolor refrenas
y esa angustia mortal no me confías?
¿No soy tu madre yo?

MANRIQUE
De este profundo
pesar, ya nada a libertarme alcanza.

AZUCENA

¡Espera!

MANRIQUE

Inútil es; no hay en el mundo
ya para mí consuelo ni esperanza.

AZUCENA

¡Te comprendo! Es verdad, ya no es posible
huir de aquí; mas si a matarme vienen,
tú me defenderás.

MANRIQUE

(¡Tormento horrible!)

AZUCENA

Es tu deber, Manrique; ¡eres mi hijo!
Tú consentir no puedes...
¡Mas ¡ay! que en vano y sin razón te aflijo!
Nunca hará tu valor, ya aprisionado
entre fuertes paredes,
que llegue el sol hasta mi cuerpo helado.
Y vendrán, no lo dudes:
¡me quitaran sin compasión la vida!

MANRIQUE

¡Mataros! ¿Y por qué?

AZUCENA

Ya ésta es mi suerte.

MANRIQUE

¡Por vengarse de mí! ¡Madre querida!
¡Y yo la causa soy de vuestra muerte!

AZUCENA

¡Calla! Ven... ¡Ruido siento!

MANRIQUE

¡No!... Nadie.

AZUCENA

¡Tiemblo toda!... ¡Oh! Si me amas,
¡mátame! ¡Líbrame de ese tormento
horrible de las llamas!

MANRIQUE

Mas, no tendrán valor...

AZUCENA

¿No lo tuvieron
cuando a mi pobre madre condenaron,
y arrastrando al cadalso la trajeron,
y sin piedad la vida le quitaron?
¡Debe de ser horrible ese suplicio!
¡Oh! ¡La hoguera! ¡La hoguera! A cada instante
viéndola estoy allí, siempre delante,
y me miro llevar, y en vano ruego,
y víctima arrastrada al sacrificio,
siento en mis carnes penetrar el fuego.

(Pausa.)

Siempre en mi corazón está presente
ese recuerdo del infausto día
en que sufrió la muerte, la inocente,
la tierna madre mía.
El traje desgarrado,
ocultas las facciones
bajo el largo cabello enmarañado,
al lugar del suplicio caminaba
entre la turba vil de los sayones.
Yo, postrada en el suelo,
mi rostro desgarraba
sangre y venganza demandando al cielo.
Escuché que mi madre me llamaba
y a abrazarla corrí; pero la fiera
impiedad, me atajó, de sus verdugos,
y fue arrojada en la fatal hoguera.
Aquel grito feroz, desesperado
que la arrancó el dolor, ¡ay!, todavía
aquí en mi corazón, está encerrado.
¡Cuánta su horrible intensidad sería!

MANRIQUE

¡Callad, por Dios! ¡Me atormentáis!

AZUCENA

¡Escucha!
Entonces, los verdugos implacables,
al ver su presa con la muerte en lucha,
su triunfo celebraban
y con risa feroz la contemplaban.

¿Sabes por qué? Flotaban sus cabellos;
las llamas, devorándola, subían
hasta cebarse en ellos...
¡Y de esto los verdugos se reían!

MANRIQUE

¿No podéis olvidar esas memorias?
Descansad un momento.

AZUCENA

¡No, imposible!
Si descansar pudiera...
¡Mas si en tanto me llevan a ese horrible
espantoso suplicio de la hoguera!

MANRIQUE

¡No, madre! No vendrán.

AZUCENA

¿Si me lo ofreces...?

MANRIQUE

Sí, podéis reposar.

AZUCENA

Me abate el sueño;
siento el cansancio que me postra a veces;
mas de esa imagen el airado ceño...
Y ¿por qué? ¡Sí, que vengan!

MANRIQUE

(¡Qué martirio!)

AZUCENA

Vendrán y quebrantando esos cerrojos,
la luz del sol contemplarán tus ojos.
¿Cómo puedo olvidarlo en mi delirio?
Este día feliz, será el postrero...
¿Pero se sabe aquí cuándo es de día?
¡No importa! A cualquier hora: sí, yo quiero
respirar. ¡Ay, me ahogo!

MANRIQUE

¡Madre mía!

AZUCENA

Saldremos, sí; no tiembles; en mi mano
están tu vida y libertad; las puertas
de esta cárcel tristísima, al liviano
impulso de mi voz, serán abiertas.

MANRIQUE (¡Delira!)

AZUCENA

¿Por qué labra
tu abatimiento en mí? ¿Por qué no el gozo,
si una sola palabra
puede abrir nuestro oscuro calabozo?

MANRIQUE

Bien, bien: pero dormid.

AZUCENA

Si el conde llega,
tú me despertarás: ten esperanza.
(¡Ay! ¡Pobre madre, que su amor me ciega!
Perdona si renuncio a tu venganza.)
(Recostándose.)

MANRIQUE

¡Duerme, duerme, madre mía,
mientras yo te guardo el sueño,
y un hado más halagüeño
durmiendo, allá te sonría!
Al menos, ¡ay!, mientras dura
tu sueño, no acongojado
veré tu rostro bañado
con lágrimas de amargura.

Escena II

MANRIQUE, LEONOR, AZUCENA.

LEONOR

¡Manrique!

MANRIQUE

¡No es ilusión!
¿Eres tú?

LEONOR

Yo, sí... yo soy;
a tu lado al fin estoy,
para calmar tu aflicción.

MANRIQUE

Si tú sola mi delirio
puedes, hermosa, calmar;
ven, Leonor, a consolar
amorosa mi martirio.

LEONOR

No pierdas tiempo, por Dios.

MANRIQUE

Siéntate a mi lado, ven.
¿Debes tú morir también?
Muramos juntos los dos.

LEONOR

No, que en libertad estás.

MANRIQUE

En libertad?

LEONOR

Sí, ya el conde...

MANRIQUE

¿Don Nuño, Leonor? Responde,
responde... ¡Cielo! ¡Esto más!
¡Tú a implorar por mi perdón
del tirano a los pies fuiste!...
Quizá también le vendiste
mi amor y tu corazón.
No quiero la libertad
a tanta costa comprada.

LEONOR

Tu vida...

MANRIQUE

¿Qué importa? Nada...
quítamela, por piedad;
clava en mi pecho un puñal
antes que verte perjura,

llena de amor y ternura
en los brazos de un rival.
¡La vida! ¿Es algo la vida?
Un doble martirio, un yugo...
Llama, que venga el verdugo
con el hacha enrojecida.

LEONOR
¿Qué debí hacer? Si supieras
lo que he sufrido por ti
no me insultaras así,
y a más me compadecieras.
Pero, huye, vete, por Dios,
y bástete ya saber
que suya no puedo ser.

MANRIQUE
Pues bien, partamos los dos,
mi madre también vendrá.

LEONOR
Tú solamente.

MANRIQUE
No, no.

LEONOR
Pronto, vete.

MANRIQUE
¡Sólo yo!

LEONOR
Que nos observan quizá.

MANRIQUE
¿Qué importa? ¡Aquí moriré,
moriremos, madre mía!
Tú sola no fuiste impía
de un hijo tierno a la fe.

LEONOR
¡Manrique!

MANRIQUE
Ya no hay amor

en el mundo, no hay virtud.

LEONOR

¿Qué te dice mi inquietud?

MANRIQUE

Tarde conocí mi error...

LEONOR

¡Si vieras cuál se estremece
mi corazón! ¿Por qué, di,
obstinarte? Hazlo por mí,
por lo que tu amor padece.
Sí, este momento quizá...
¿No ves cuál tiemblo? Quisiera
ocultarlo si pudiera;
pero no, no es tiempo ya.
Bien sé que voy tu aflicción
a aumentar; pero ya es hora
de que sepas cuál te adora
la que acusas sin razón.
Aborréceme, es mi suerte;
maldíceme si te agrada,
mas toca mi frente helada
con el hielo de la muerte.
Tócala, y si hay en tu seno
un resto de compasión,
alivia mi corazón,
que abrasa un voraz veneno.

MANRIQUE

Un veneno... ¿y es verdad?
Y yo ingrato la ofendí
cuando muriendo por mí...
un veneno...

LEONOR

Por piedad,
ven aquí por compasión
a consolar mi agonía.
¿No sabes que te quería
con todo mi corazón?

MANRIQUE

Me matas.

LEONOR

Manrique; aquí,
aquí me siento abrasar.
¡Ay!, ¡ay! Quisiera llorar,
y no hay lágrimas en mí.
¡Ay juventud malograda
por tiranos perseguida!
¡Perder tan pronto una vida
para amarte consagrada!

(Se ve brillar un momento el resplandor de una luz en la ventana.)

Mira, Manrique, esa luz...
Vienen a buscarte ya;
¡no te apartes, ven acá,
por el que murió en la cruz!

MANRIQUE

Que vengan... ya entregaré
mi cuello sin resistir;
lo quiero, anhelo morir...
Muy pronto te seguiré.

LEONOR

¡Ay! acércate...

MANRIQUE

¡Amor mío!...

LEONOR

Me muero, me muero ya
sin remedio; ¿dónde está
tu mano?

MANRIQUE

¡Qué horrible frío!

LEONOR

Para siempre... ya...

MANRIQUE

¡Leonor!

LEONOR

¡Adiós!... ¡adi... ós!

(Expira. Momento de pausa.)

MANRIQUE

¡La he perdido!
¡Ese lúgubre gemido!...
es el último de amor.
Silencio, silencio; ya
viene el verdugo por mí...
Allí está el cadalso, allí,
y Leonor aquí está.
Corta es la distancia, vamos,
que ya el suplicio me espera.
(Tropieza con AZUCENA.)
¿Quién estaba aquí? ¿Quién era?

AZUCENA

(Entre sueños.)
¿Es hora de que partamos?

MANRIQUE

¿A morir? Dispuesto estoy...
Mas no, esperad un instante;
a contemplar su semblante,
a adorarla otra vez voy.
Aquí está... dadme el laúd;
en trova triste y llorosa,
en endecha lastimosa
os cantaré su virtud.
Una corona de flores
dadme también; en su frente
será aureola luciente,
será diadema de amores.
Dadme, veréisla brillar
en su frente hermosa y pura;
mas llorad su desventura
como a mí me veis llorar.
¡Qué funesto resplandor!
¿Tan pronto vienen por mí?
El verdugo es aquél... sí;
tiene el rostro de traidor.

Escena III

Dichos. DON NUÑO, DON LOPE. Soldados con luces.

NUÑO
¿Leonor?

MANRIQUE
¿Quién la llama? ¿Por qué vienen
a apartarla de mí? La desdichada
ya a nadie puede amar. Si yo pudiera
ocultarla a sus ojos.
(La cubre con su ferreruelo, que tendrá al lado.)

NUÑO
¿Leonor?

MANRIQUE
Calla...
No turbes el silencio de la muerte.

NUÑO
¿Dónde está Leonor?

MANRIQUE
¿Dónde? Aquí estaba.
¿Venís a arrebatármela en la tumba?

NUÑO
¿Ha muerto?

MANRIQUE
Sí... ya ha muerto.
(Descubriendo el rostro pálido de LEONOR.)

NUÑO
¡Me engañaba!

MANRIQUE
Ya no palpita el corazón; sus ojos
ha cerrado la muerte despiadada.
Apartad esas luces; mi amargura
piadosos respetad... no me acordaba...

(A DON NUÑO.)
Sí, ¡tú eres el verdugo! Acaso buscas
una víctima... ven... ya preparada
para la muerte está.

NUÑO

Llevalle al punto,
llevalle, digo, y su cabeza caiga.

(Varios soldados rodean a MANRIQUE.)

MANRIQUE

Muy pronto, sí...

NUÑO

Marchad...

MANRIQUE (Reparando en AZUCENA.)

¡Qué miro! Vamos...

No le digas, por Dios, a la cuitada
que va su hijo a morir... ¡Madre infelice!
Hasta la tumba... Adiós... (Al salir.)

Escena IV

Los mismos menos MANRIQUE.

AZUCENA (Incorporándose.)

¿Quién me llamaba?

Él era, él era; ¡ingrato! Se ha marchado
sin llevarme también.

NUÑO

Desventurada!

Conoce al fin tu suerte.

AZUCENA

¡El hijo mío!

NUÑO

Ven a verle morir.

AZUCENA

¿Qué dices? ¡Calla!

¡Morir! ¡morir!... No, madre, ya no puedo;
perdóname, le quiero con el alma.
Esperad, esperad...

NUÑO

Llevala.

AZUCENA
¡Conde!

NUÑO Que le mire expirar.

AZUCENA
Una palabra,
un secreto terrible; haz que suspendan
el suplicio un momento.

NUÑO
No, llevadla.
(La toma por una mano y la arrastra hacia la ventana.)
Ven, mujer infernal... goza en tu triunfo.
Mira el verdugo, y en su mano el hacha
que va pronto a caer...

(Se oye un golpe que figura ser el de la cuchillada.)

AZUCENA
¡Ay! ¡esa sangre!

NUÑO
Alumbrad a la víctima, alumbradla.

AZUCENA
¡Sí, sí... luces... él es... tu hermano, imbécil!

NUÑO
¡Mi hermano, maldición!...
(La arroja al suelo, empujándola con furor.)

AZUCENA
(Con amargura.)
Ya estás vengada.

FIN